

DOSSIER

Las 8 grandes Cruzadas... y las más insólitas (1095-1270)

LAS CRUZADAS y su época

• Jerusalén la Deseada • Las batallas más feroces • Los almogávares • La Cruzada vista por los árabes • Realidad y leyenda de los Templarios • De Saladino a Ricardo Corazón de León • Vida cotidiana en Tierra Santa • Entrevista con Matilde Asensi

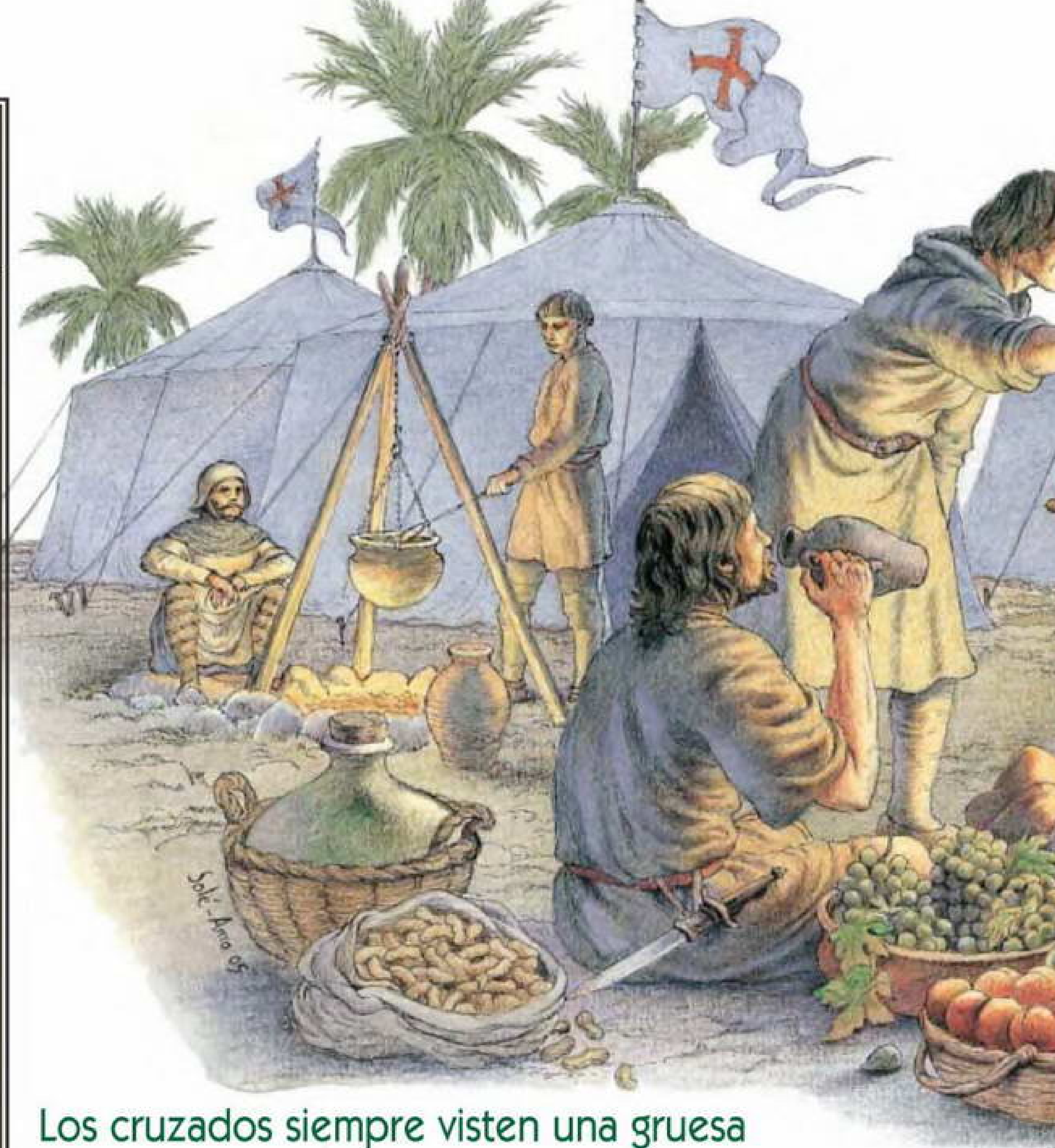
Un banquete de postín

A lo largo de la historia, una de las formas de mostrar el poder o la riqueza ha sido la ceremonia del banquete. La comida no sólo sirve para llenar el estómago y satisfacer las necesidades de alimento, sino que se convierte también en una verdadera ceremonia social o política, especialmente si a la mesa se sientan reyes o señores con temas importantes que tratar. Si nos trasladamos al Medievo, una mesa de las Cruzadas podía llegar a ofrecer hasta diez entradas. Los platos contenían desde todo tipo de aves de corral y de caza hasta las carnes de vacuno y ovino (en los banquetes con invitados musulmanes se procuraba demostrar que nada era cerdo). Todo ello convenientemente regado con vinos y esencias. En la mesa rica, la variedad aumentaba, pues a la tradición occidental se le sumaba la complejidad culinaria de Oriente, haciendo de estos banquetes los más suntuosos de toda la época medieval. Cacahuetes, dátiles y nísperos se servían junto a una gran variedad de fruta fresca. De este período arrancan muchas recetas importadas a las mesas europeas.



AGE

La carne y los guisos eran fundamentales en los banquetes medievales, tal y como ilustra este grabado en madera del s. XVI.



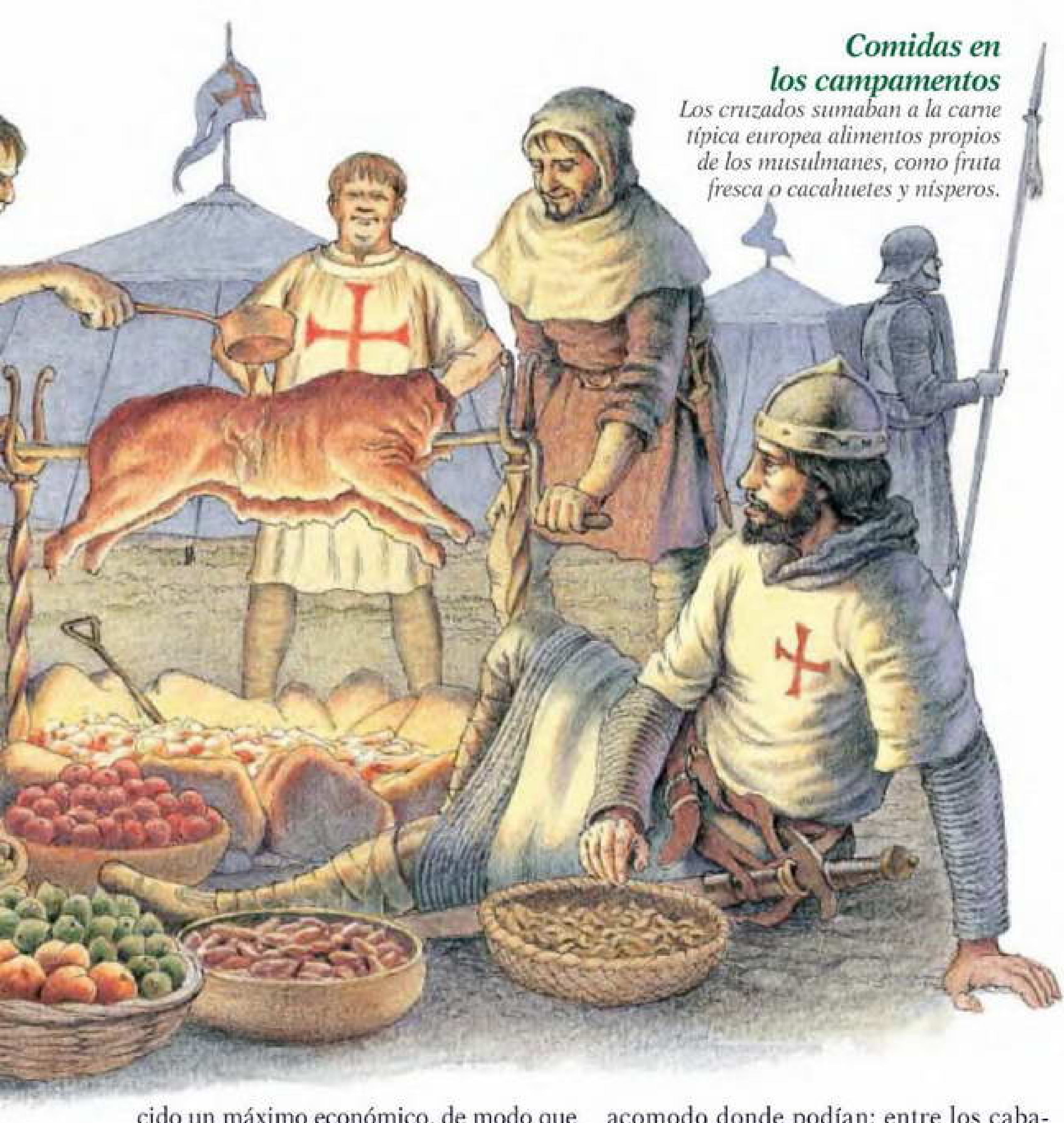
Los cruzados siempre visten una gruesa túnica que recubre la cota de malla, para evitar así ser cegados por los destellos de ésta

alegró tanto de haber encontrado tan cuantiosa cantidad de dinero en su conquista de Chipre, con la que afrontó la construcción de varias máquinas de guerra para tomar la ciudad de Acre y el salario de muchos de sus barones.

Ante la incapacidad de prohibir el juego, los reyes han fijado un límite máximo para las apuestas

Los caballeros que participan en esta guerra, como ya dije, han de pagar sus propios gastos. Muchos de ellos han vendido todas sus posesiones y otros han conseguido la cantidad necesaria dejando sus tierras, casas y otras pertenencias a los monjes, siempre y cuando sus propios señores no hayan podido adelantarles esa cantidad. Para evitar la ruina de sus familias, el Papa ha prometido la protección de los cruzados: a cambio de llevar la cruz de tela cosida a su hombro y participar en la liberación del Santo Sepulcro, el cobro de sus deudas queda interrumpido hasta su regreso. También dejan de correr los intereses de los préstamos.

Por todo ello, la salida de tanta gente y tanto dinero de los lugares de origen no dejaba de traer problemas, así que los señores y reyes han conseguido que el Papa obligue a los cruzados a pedir permiso a su señor antes de partir. De este modo, el número total de expedicionarios está sometido a los intereses de cada señor feudal. Por esa razón, tan sólo participan hombres de armas, sus escuderos y los sirvientes directos. Así, ya no hay cabida para aquellas campañas con miles de peregrinos de toda condición que formaron parte de la cruzada de Pedro el Ermitaño. Todos llevan consigo el dinero para su expedición, surgiendo a veces pendencias por su vigilancia y, especialmente, por asuntos de juego. Como era imposible prohibirlo, los reyes han estable-



Comidas en los campamentos

Los cruzados sumaban a la carne típica europea alimentos propios de los musulmanes, como fruta fresca o cacahuetes y nísperos.

cido un máximo económico, de modo que las grandes apuestas están perseguidas para evitar la ruina de un guerrero antes de llegar a Tierra Santa. Los soldados han de llevar también su propio equipo, tanto sus armas como la ropa que se ponen cuando no van armados: blusón, calzas, sayón con capucha y una capa que hace las veces de manta. A esto hay que sumar la túnica que se han de poner encima de la cota de malla, con la que evitan ser cegados por ésta.

En las naves, los soldados buscaban acomodo donde podían: entre los caballos, el forraje para éstos y los víveres de la expedición. Por eso, la travesía por mar era bastante incómoda, aunque siempre mucho menos que el viaje por tierra, pues allí se acuestan en el suelo después de agotadoras jornadas a pie, salvo los que cuentan con varios caballos. Al llegar a Tierra Santa, aquellos que lo hicieron antaño y conquistaron ciudades se hallan alojados en las casas de sus habitantes, que fueron desalojados o sencillamente masacrados (en la toma de Jerusalén de 1099, la sangre llegó a correr por las calles como verdaderos ríos, pues los conquistadores, tras cinco semanas de asedio, pasaron a cuchillo a todos sus habitantes, sin hacer distinción de credos o linajes). Nuestros soldados, que acaban de instalarse ante los muros de San Juan de Acre, tras su llegada el pasado 8 de junio, lo han hecho en un gran campamento formado por enormes tiendas, protegidas por un muro y una empalizada. El muro exterior tiene la función de contener a las tropas de Saladino, que se dirige contra nosotros en cuanto le avisan de que los cristianos han conseguido hacer una brecha en los muros de Acre con sus catapultas.

El agua estancada y la ausencia de higiene provocan enfermedades como la diarrea o las ronchas en la piel

Una vez que pase el día de hoy, en que se celebra la festividad del apóstol Santiago, me dispongo a preparar el viaje de regreso a casa, junto a mis sirvientes. Nos acompaña un numeroso grupo de caballeros, agotados tras varios años de guerras y supervivientes de sus heridas en batalla o de las enfermedades. Aunque existen sanadores y médicos, éstos son pocos y no siempre bien preparados, salvo quienes han tenido la oportunidad de tratar con sus colegas sarracenos, generalmente más diestros. Además, la atención de los médicos hay que pagarla, y no todos cuentan con los medios para ello. Las enfermedades más frecuentes son las ronchas en la piel –los sanadores sarracenos afirman que es porque no nos lavamos a fondo y que dejamos que nos coman unos diminutos insectos que viven en la ropa–, además de las diarreas por beber agua estancada y la carne de cerdo salada, que en este clima se estropea bastante rápido. También hay otras dolencias más raras para nuestros médicos y que, cuando el paciente se cura, no es precisamente gracias a sus preparados. De estas dolencias no se libran ni los reyes, pues, tanto Ricardo como Felipe de Francia, han enfermado de arnaldia, unas fiebres dolorosas que provocan la caída de las uñas y de los cabellos. Se dice, incluso, que hasta el rey Saladino se encuentra enfermo de fiebres malarias desde hace mucho tiempo. Si la voluntad de Dios así lo quiere, llegaré a casa a tiempo de organizar otro viaje de abastecimiento para el próximo otoño, esperando poder culminar mi viaje en Jerusalén. Esto ocurrirá si, para esa época, los reyes de Francia e Inglaterra consiguen tomar Jerusalén de manos turcas, aunque no sé si lo conseguirán, pues ambos están cada vez más enfrentados. El propio Ricardo se halla ahora metido en negociaciones con Saladino.¡Sólo Dios sabe cómo terminará esta santa aventura! ■



El placer culinario

Los grandes banquetes en los campamentos cruzados se celebraban con la presencia de los reyes, como se observa en este fotograma de la película "El león en invierno" (1968, Anthony Harvey).



Primera gran victoria cristiana
La inicial incursión cruzada en Oriente fue alentadora para los europeos que, en 1099 y al mando de Godofredo de Bouillon (en el centro), tomaron la Ciudad Santa de Jerusalén, tal y como reflejó G. A. Closs (1864-1938) en los "Cruzados entran en Jerusalén".

I. Primera Cruzada
II. Segunda Cruzada
III. Tercera Cruzada
IV. Cuarta Cruzada
V. Quinta y Sexta Cruzadas
VI. Séptima y Octava Cruzadas

Por **José María Monlau**

AKG

Las ocho grandes Cruzadas (y las más insólitas)

El afán de los monarcas europeos por recuperar Jerusalén de manos "infieles" fue el desencadenante de doscientos años de batallas (1095-1270) entre cristianos y musulmanes. Sin embargo, las intrigas políticas y las ansias económicas primaron finalmente sobre el espíritu religioso inicial. ▶

Jerusalén, liberada

Cuando el papa Urbano II convocó la Primera Cruzada, surgieron numerosos voluntarios para liberar Jerusalén del dominio infiel. Honor que cupo finalmente a Godofredo de Bouillon en 1099.



AKG

Los primeros cruzados alcanzan su objetivo

El pintor galo Jean Victor Schnetz (1787-1870) retrató en su cuadro "Toma de Jerusalén" (arriba) al duque Godofredo de Bouillon momentos antes de entrar en la Ciudad Santa.

Reunido en el mes de marzo del año 1095 el Concilio de Clermont-Ferrand, el papa Urbano II, retomando una vieja idea de su antecesor Gregorio VII, lanzó la idea de cruzada, prometiendo a quienes en ella participasen la misma indulgencia que obtenían quienes peregrinaban al Santo Sepulcro. La desintegración del poderío turco sobre Palestina, Siria e Iraq parecía favorecer la restauración del dominio de Bizancio en la zona y los monarcas y nobles de Europa occidental eran los aliados naturales para tal empresa. El Papado, erigido nuevamente en referente supremo, concedía los privilegios espirituales que en un principio parecían ser la principal motivación para quienes se prestasen a la tarea de liberar los Santos Lugares del dominio *infiel*. Pocos meses después, Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, los condes de Blois y de Vermandois, los duques de Normandía y de Toulouse, Bohemundo de Tarento y hasta siete mil nobles más, a la cabeza de ochenta mil hombres de a pie, atravesaban Europa por cuatro caminos diferentes en dirección a Oriente. Grandes muchedumbres, formando verdaderas hordas salvajes y descontroladas, les habían precedido, inflamadas por el exaltado verbo de desaforados predicadores. De entre todos ellos destacaba Pedro el Ermitaño, fanático visionario en cuyas palabras millares de hombres sin mejor ocupación veían, bajo la promesa de los privilegios espirituales, la posibilidades de hacer rápida fortuna en el *río revuelto* que se anunciaba.



ACI

Los líderes de la aventura

Raimundo de Toulouse, Godofredo de Bouillon, Bohemundo de Tarento y Tancredo d'Hauteville (izda., en una ilustración de Alphonse de Neuville) fueron los protagonistas de esta primera expedición a Tierra Santa.

El objetivo declarado de la operación, capaz por el momento de unificar voluntades, era la conquista de Jerusalén y todos los Santos Lugares y su reintegración al ámbito de la cristiandad.

La brutalidad de los cruzados alcanzó también a Bizancio

Por el momento, las relaciones de los señores occidentales con el Imperio Bizantino, que se vio amenazado por su empuje, se mantuvieron dentro del respeto a lo pactado. En general, los cruzados –tanto los enrolados en ejércitos señoriales como los miembros de la desorganizada horda popular– se comportaban haciendo gala de la mayor brutalidad, no ya solamente sobre los adversarios otomanos sino también sobre los aliados bizantinos. El emperador Alejo Comneno, temeroso ante las fuerzas que se habían introducido en sus dominios, hizo por ello todo lo que pudo por mantener con ellos unas buenas relaciones. A lo largo de su camino, los cruzados irían devolviendo a la soberanía bizantina las sucesivas ciudades que le hubiesen pertenecido y que fuesen recuperando de manos otomanas. A cambio, recibirían los aprovisionamientos que exigían las muchas necesidades materiales que se generaban.En un principio, tal acuerdo funcionó y enclaves de entidad como Nicea volvieron a poder bizantino. Sin embargo, una vez realizada la dificultosa tarea de atravesar la península de Anatolia y, viéndose ya muy cerca de los lugares de destino, fue Bohemundo de Tarento quien, en junio de 1098, rompió el acuerdo y decidió conservar para sí mismo la plaza de Antioquía, de la que finalmente se autonombró príncipe.

Dejando a sus espaldas a los indignados bizantinos, los cruzados prosiguieron su marcha triunfante y, en julio de 1099, toda la cristiandad vibraba de

En el año 1100, Balduino fundó el reino latino de Jerusalén y se autoproclamó rey

gozo al tener noticia de la conquista de Jerusalén. La lucha había producido más de ochenta mil muertes. La Ciudad Santa, el lugar más venerado para millones de cristianos, volvía gloriosamente a estar libre del dominio de los infieles. El principal artífice de la operación, Godofredo de Bouillon, recibía el título de Protector del Santo Sepulcro. En agosto, la localidad de Ascalón era escenario de la derrota de las fuerzas que el visir de Egipto enviaba en apoyo de sus hermanos musulmanes. Al año siguiente, moría Godofredo y era enterrado en el Santo Sepulcro. Tomaba el poder su hermano Balduino, que fundó el reino latino de Jerusalén, del que se autoproclamó monarca. Al mismo tiempo, iban naciendo los demás estados latinos de Oriente: el Principado de Antioquía y los Condados de Edesa y de Trípoli. Todo parecía haber entrado en un orden nuevo y estable: el número de europeos allí establecidos se incrementaba, al amparo de



Nobles rumbo a Jerusalén

Godofredo de Bouillon, los condes de Blois y Vermandois y los duques de Normandía y Toulouse partieron desde sus lugares de origen en Francia, mientras que Bohemundo salió de Tarento.

los contingentes armados, que parecían capaces de contener cualquier acción del adversario. La instalación de las órdenes religiosas y su toma de posesión de los Santos Lugares favorecieron un espectacular incremento de las peregrinaciones, en base a la seguridad que ahora se ofrecía.

El Santo Sepulcro acogió la tumba del libertador

Grandes fueron los movimientos humanos que esta nueva realidad llevó hasta Tierra Santa desde las más diferentes regiones de Europa. Una vez más, las masas de desposeídos volvieron a lanzarse al camino y a ser fáciles víctimas del caos dominante. En los caminos de Anatolia, muchos fueron exterminados por los otomanos, obligados ahora a mantener una actitud de espera. Además, los triunfantes cruzados tenían en el Imperio Bizantino, que había sido su aliado natural, a un rencoroso enemigo decidido a vengar la afrenta de la ruptura de sus pactos iniciales. ■

¡Dios lo quiere!

En una Europa hambrienta y desesperada debido a las malas cosechas, con elevada mortalidad y grandes contingentes de campesinos sin trabajo, la llamada a la Primera Cruzada tuvo un efecto inmediato. Visionarios honrados y meros embaucadores convencían a estos miserables de que había llegado la hora y Cristo venía a liberarles de sus penalidades, imponiendo un mundo igual para todos con el advenimiento de la Jerusalén celestial. Al grito de "¡Dios lo quiere!", decenas de millares de desposeídos se lanzaron tras ellos, exponiéndose a todas las penalidades e incluso a la propia muerte, que supuso para muchos el final de la historia. Fue la Cruzada de los Pobres, presentados como depositarios de los mejores valores de limpieza de espíritu, desinteresadamente dispuestos a llegar hasta el supremo sacrificio, en un ejercicio de penitencia purificadora, cuyos efectos alcanzarían a todos. Como no podía ser de otra manera, el desastre final y la frustración de todas las esperanzas acabarían con la aventura.



"Pedro el Ermitaño predicando la Primera Cruzada", pintado por James Archer (1823-1904).

AKG

El efecto deseado
El pintor Emil Eugen Sachsse retrató a "Bernardo de Claraval predicando la Cruzada". Su arenga fue tan encendida que fomentó el antisemitismo.

La primera gran derrota

Tras la proclama de Bernardo de Claraval, los reyes Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania encabezaron esta segunda misión, cuyo objetivo era recuperar Edesa. Sin embargo, primaron las ansias económicas y se dirigieron finalmente hacia Damasco, donde fueron derrotados.

Apenas medio siglo se mantendría la misma situación en Oriente, que en ningún momento se vio libre de tensiones y amenazas por ambas partes. Los cruzados, que nunca dejaron de mostrar fuertes enfrentamientos internos, fortalecían una presencia que creían definitiva con la construcción de una serie de formidables fortalezas. De entre todas ellas destacaba por su lugar de emplazamiento, perfección de diseño constructivo y dimensiones, la del Krak de los Caballeros, en la actual frontera sirio-libanesa. Llegado el año 1144, fue la toma del estratégico enclave de Edesa por los turcos lo que hizo saltar las alertas para el poder cristiano y Occidente se dispuso a actuar en favor de los amenazados reinos latinos. La ciudad tenía una gran importancia simbólica, ya que allí se había hallado la Sábana Santa, el supuesto sudario de Cristo, convertido en uno de los iconos básicos de la cristiandad. El papa Eugenio III encargó la predicación de la Segunda Cruzada a Bernardo de Claraval, el gran reformador monástico que sería elevado a los altares. Los efectos de sus vehementes palabras no tardaron en producir una fuerte reacción. En este caso, los dirigentes de las operaciones iban a ser, verdaderamente, de altos vuelos. Mientras que Luis VII, rey de Francia, recibía la cruz en una ceremonia celebrada en Vézelay, en Spira era el propio titular del Sacro Imperio Romano, Conrado III, quien la recogía.

Las vehementes prédicas que lanzaba Bernardo para conseguir aglutinar a la mayor cantidad posible de seguidores eran tan ardientes, en defensa de lo que proclamaba como la verdadera fe y atacando a las otras creencias, que no tardó en desatarse por varios países una serie de salvajes pogromos contra las comunidades judías. El viejo y bien arraigado antisemitismo europeo daba, una vez más, muestra de su persistente y activa existencia.

Los ejércitos cruzados arrasaron nuevamente las tierras bizantinas

Los ejércitos de los caballeros de Cristo realizaron la obligada larga y penosa marcha terrestre que, tras superar los espacios danubianos y carpáticos, traspasó las fronteras

Niños y pastores



Gustavo Doré (1832-1883) representó en este grabado "La Cruzada de los Niños".

La Cruzada de los Niños, en la primavera de 1212, fue un paradigma de alucinado fervor religioso y absoluta irracionalidad. Según quienes la fomentaron, sería la inocencia de los pequeños lo que les aseguraría el éxito en la empresa. Seducidos por fanáticos impulsores, más de cincuenta mil menores atravesaron los Alpes, donde muchos de ellos murieron. Los supervivientes alcanzaron el puerto de Marsella y cayeron en manos de mercaderes de esclavos, que les vendieron en los mercados norteafricanos. En 1251, la cautividad de Luis IX desencadenó la Cruzada de los Pastores. Un misterioso monje cisterciense, conocido como "Maestro de Hungría", proclamaba que debían ser los pastores y gentes sencillas los encargados de salvar al monarca y recuperar los Santos Lugares. Surgió entonces un brote de rebeldía campesina, apoyada por sectores marginados, convencidos de que el momento de la redención había llegado. Esta furia popular, que no llegó a traspasar las fronteras galas, fue sofocada por el poder de la forma más expeditiva.

Edesa poseía un alto valor simbólico para los cristianos, porque en ella se había encontrado la Sábana Santa

del Imperio Bizantino y, una vez más, volvieron a repetirse los desmanes y atropellos que se habían producido en la anterior ocasión. El emperador era ahora Manuel Comneno, nieto de aquel Alejo que había soportado entonces las mismas humillaciones. Pactos secretos, traiciones e intrigas decidían el fondo de la cuestión, mientras los ejércitos francés y alemán debían enfrentarse en su recorrido por Anatolia con el constante hostigamiento turco, en gran medida fomentado por el emperador bizantino, que les produjo grandes penalidades y una elevada mortandad.

El rey galo y el teutón, que dirigían sus respectivas fuerzas, mantenían una hostilidad mutua que iba a ser una de las causas básicas del desastre final de la operación. El hábil Manuel Comneno instrumentaba en su propio beneficio esta rivalidad, en la que tenía un destacado papel la esposa del primero, Leonor de Aquitania, una de las mujeres más interesantes de la Edad Media. Una vez en Siria, parecía llegada la hora de la revancha, y a aquellos ambiciosos cruzados les pareció mejor idea la conquista de la rica Damasco que la recuperación de la simbólica Edesa.

Todos los jefes estuvieron de acuerdo con este nuevo plan. Sin embargo, mal planteado el asunto desde el primer momento, todo su desarrollo se resintió, en medio de la desconfianza mutua de los aliados, sus constantes enfrentamientos, las intrigas y las traiciones. En apenas tres años, todo acabó en el más completo fracaso y se había demostrado la primacía de los intereses materiales sobre los espirituales.

Las malas relaciones entre los dirigentes europeos propició un nefasto final

El envenenamiento de las relaciones entre los príncipes cristianos iba a permitir durante cuatro décadas el mantenimiento de la situación en Tierra Santa y proporcionaba un respiro al siempre amenazado Imperio Bizantino, acosado tanto desde el efervescente Occidente cristiano como desde el Oriente, decidido a lanzarse a la más abierta expansión. El desastroso balance resultó nefasto para la imagen de los cruzados, a los que se estaba empezando a ver desde una luz muy diferente de la que originalmente había justificado su existencia. ■



Cambio de rumbo

El rey galo Luis VII partió de Vézelay; y el teutón Conrado III, de Spira. Tras su derrota en Damasco, Conrado se dirigió a Constantinopla con el fin de firmar una alianza con los griegos para atacar a Roger de Sicilia.

Duelo entre caballeros

El sultán Saladino supo unir a las fuerzas musulmanas y reconquistó Jerusalén en 1187. El rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, que partió a Tierra Santa junto al emperador germano Federico Barbarroja y Felipe II de Francia, fue el rival cristiano más digno que se enfrentó a él.

Una vez más, fue una acción otomana la que iba a desencadenar la convocatoria de una nueva cruzada. Ahora, los adversarios de los cristianos estaban liderados por una personalidad verdaderamente excepcional y el expansionismo turco había encontrado al que iba a ser su mejor dirigente. Salah al-Din, Saladino, de origen kurdo, había demostrado unas grandes capacidades estratégicas, que le habían convertido en visir de Egipto y aureolado de una amplia fama entre los musulmanes, que le convirtieron en su principal caudillo. Él parecía ser el destinado a acabar con la presencia cristiana en la zona y todas las acciones que llevó a cabo a partir de 1174 constituyeron una sucesión de éxitos imparables.

Después de conquistar Damasco y Alepo, el claro objetivo no podía ser otro que la misma Jerusalén. Los siempre amenazados estados latinos estaban ahora totalmente cercados. A finales del año 1187, el ya sultán Saladino obtuvo en la batalla de Hattin una brillante victoria sobre Guido de Lusignan, monarca de Jerusalén. El 2 de octubre, de todo el reino que fundara Godofredo de Bouillon únicamente quedaba libre de la ocupación otomana el puerto de Tiro. En el Occidente cristiano, la noticia de que la Ciudad Santa volvía a estar en manos de los infieles vino a desencadenar una vez más el terror y la indignación. Era algo que, dentro de los ánimos dominantes en la época, no podía consentirse. El honor de la cristiandad parecía puesto en entredicho y a ello debía ponerse inmediato y enérgico remedio.

El ejército alemán no llegó a Acre porque el emperador murió en el trayecto

Así, a pesar de los nefastos precedentes, al llamamiento de Gregorio VIII –y olvidando en el fervor del momento todos los conflictos y desencuentros entre los monarcas cristianos que habían dado al traste con la anterior–, una Tercera Cruzada se organizó rápidamente. Daba la impresión de que, con la voluntad de liberar del yugo turco a Jerusalén, se recuperaba aquel antiguo espíritu de cruzada que parecía capaz de unir en una difícil amalgama religiosidad, belicismo y los más descarnados intereses materiales. Hasta Occidente había llegado la fama de Saladino, de quien se sabía que había impedido personalmente la profanación y destrucción del Santo Sepulcro. Para enfrentarse a tan notable adversario, en marzo de 1188, la jefatura de los ejércitos cruzados se organizó al más alto nivel. Al emperador germánico, Federico Barbarroja, que conducía a cien mil hombres, se le unieron los reyes de Francia y de Inglaterra, Felipe II Augusto y Ricardo Corazón de León. Mientras que los alemanes tomaron la vía terrestre, ingleses y franceses iniciaron, al año siguiente, su ruta por mar. Recorrido muy breve fue el de la enorme hueste germánica, que quedó disuelta después de que el emperador se ahogase al cruzar el río Salef, en Anatolia. Quedaban ahora, pues, ingleses y franceses para actuar y repartirse el botín.

Mientras notables contingentes de cruzados se reunían alrededor de Guido de Lusignan,

Una vez conquistada Acre, el ejército francés regresó a Europa, pero los británicos permanecieron en Tierra Santa

La cruzada hispánica

La particular situación de la península Ibérica –donde los reinos cristianos estaban en lucha de siglos contra el poder musulmán– había generado un sentimiento de cruzada, afianzado por el nacimiento de las órdenes militares, con el Apóstol Santiago como celestial protector. El I Concilio de Letrán (1123) inició la regularización como cruzada de la actuación de los contingentes cristianos que luchasen en nuestra península. El empuje del fundamentalismo almorávide y almohade generó, más adelante, los más efectivos llamamientos a la cruzada. En 1212, la batalla de Las Navas de Tolosa fue la magna ocasión que consiguió aunar las enfrentadas voluntades de monarcas cristianos de variada procedencia, adquiriendo con ello la Reconquista un pleno sentido de verdadera cruzada. Este hecho sería el punto de definitiva inflexión del proceso reconquistador en favor del bando cristiano y, a partir de este momento, la idea de cruzada iría adquiriendo un tono decididamente hispano, alejado de las premisas papales.

Sancho VII de Navarra venció a los musulmanes en la batalla de Las Navas de Tolosa, que está representada en este tapiz.



COVER

ACI

en sus operaciones de asedio a la fortificada ciudad de Acre, Ricardo de Inglaterra conquistaba, en 1191, la estratégica isla de Chipre. Cuando las fuerzas combinadas de los cruzados consiguieron tomar Acre, el rey francés consideró concluida la misión y regresó a su país. Por el contrario, Ricardo persistió en la empresa, quizá fascinado por el magnífico Saladino que el destino le había dado por adversario.

La victoria inglesa en Arsuf no permitió la toma de Jerusalén

Con todo, era el árabe demasiado inteligente y hábil para ser vencido e, incluso, la gran victoria que el inglés obtuvo en Arsuf no le permitió reconquistar la Ciudad Santa. El adversario, actuando desde su plataforma básica de Egipto, aceptó entonces las vías diplomáticas que parecían obligadas. Así, en septiembre de 1192, se firmaba el Tratado de Jaffa. Tras la rúbrica, Ricardo se volvía de nuevo a Inglaterra, donde su hermano Juan sin Tierra estaba intrigando para robarle el trono. Menos de seis meses después, moría Saladino, su brillante enemigo. Para los siglos venideros, los dos grandes rivales entraban por la puerta grande en la leyenda y en la literatura.

El Tratado de Jaffa
Ricardo y Saladino fueron los artífices del primer acuerdo (1192) entre cristianos y musulmanes, momento ilustrado por Adolf Closs. Se establecía así una tregua de tres años que permitía a los francos entrar en Jerusalén.



Tres reyes rumbo a Oriente
Ricardo de Inglaterra llegó a Acre por vía marítima, después de conquistar Chipre. Felipe II, el rey francés, partió en barco desde Marsella y se reunió en Tierra Santa con el inglés. El teutón Federico Barbarroja fue el único que viajó por tierra, pero falleció en Anatolia.



Atacando sin piedad
En su "Conquista de Constantinopla", Tintoretto (1518-1594) muestra la espectacular entrada de los cruzados en la ciudad.

El saco de Constantinopla

En 1202, Bonifacio de Monferrato lideró un ejército cuyo objetivo inicial, una vez más, era liberar Jerusalén. Sin embargo, la ambición económica se impuso a la espiritual y decidió conquistar la capital bizantina.

Los nobles alemanes querían quitarse la espina de su fracasada intervención en la anterior Cruzada y el emperador Enrique VI organizó una nueva. Por eso, cuando llegó el año 1197, el monarca germano había ya concentrado fuertes contingentes de hombres y medios en suelo sirio, donde no tardaron en obtener algunos éxitos señalados. Pero, una vez más, la suerte volvía a estar en su contra y el emperador murió en Mesina, a punto de embarcar hacia Oriente. Con todo, la Jerusalén en manos otomanas seguía ofreciendo motivos más que suficientes para mantener y avivar el espíritu cruzado. En esta ocasión, en el verano de 1198, el entusiasta papa Inocencio III proclamó su urgencia y necesidad, y fue el francés Foulques de Neuilly quien se encargó de su predicación. Al mando de Bonifacio de Monferrato y con la participación de buen número de grandes señores, en el verano de 1202 partieron de nuevo los cruzados hacia Oriente. Una vez que se hubieron concentrado en Venecia, las elevadas exigencias económicas del pasaje marítimo impuestas por las autoridades les decidieron a tomar la ciudad dálmata de Zara, posesión del rey de Hungría, y a entregarla al Dux como pago.

Los nobles europeos repusieron en el trono del Imperio Bizantino a Isaac II

Desde un principio, se mostró la Cuarta Cruzada como una abierta mezcla de elementos políticos y materiales, que nada tenía que ver con el espíritu religioso que supuestamente debía animarla. Tras la acción de Zara, los ejércitos cruzados camparon a sus anchas por el espacio balcánico y se hicieron cargo, de la forma más directa y brutal, de la situación en Constantinopla, que se encontraba sumida en una lucha por el poder en el seno de la familia imperial. Aprovechando la coyuntura, la saquearon a conciencia y, en julio de 1202, repusieron en el trono al emperador Isaac II,



Los nuevos reinos latinos
Balduino de Flandes –en este grabado– ocupó el trono del nuevo reino latino de Constantinopla durante el breve periodo de un año (1204-1205).

Para utilizar su puerto, los cruzados regalaron a Venecia la ciudad dálmata de Zara

que había sido destronado por su hermano. De acuerdo con los ávidos venecianos, se repartieron con ellos las ganancias materiales y las conquistas territoriales sobre el debilitado Imperio Bizantino. La situación interna de éste era de tan calamitosa descomposición y anarquía, que facilitaba toda acción dirigida a controlar la zona por la fuerza.

Aprovechando la situación, los venecianos se hicieron con el control comercial de la zona

En abril de 1204, los cruzados volvían a ocupar la capital, en medio de la mayor violencia y mortandad, e instauraban el reino latino de Constantinopla, del que era nombrado titular Balduino de Flandes; el veneciano Tomasso Morosini ocupaba el decisivo puesto de patriarca. Mientras el imperio era repartido entre los nobles y se fragmentaba en pequeñas entidades –ducados y principados, de existencia tan inestable como efímera–, Venecia se hacía con el fructífero control comercial de toda la zona, extendiendo su imperialismo sobre el mar Negro y todo el ámbito del Mediterráneo oriental. Esta Cuarta Cruzada había dejado patente que primaba el espíritu material sobre el religioso. En muy poco tiempo olvidaron el objetivo para el que había sido convocada y, a pesar de los repetidos llamamientos del Pontífice, aquellos nobles se dedicaron a disfrutar de los beneficios obtenidos de los despojos del antaño orgulloso Imperio Bizantino.

CARLOS AGUILERA

Las riquezas de Bizancio se convirtieron en el objetivo de esta cruzada
Las tropas cruzadas se concentraron en Venecia, desde donde partieron 30.000 hombres. Se dirigieron hacia Constantinopla para restaurar en el trono a Isaac II y, finalmente, la convirtieron en un reino latino.

Las otras cruzadas

La ambigüedad de las fronteras entre germanos y eslavos, línea que separaba a los cristianos de los paganos, planteaba permanentes enfrentamientos y llevó a establecer de mano pontificia su carácter de cruzada. El expeditivo Bernardo de Claraval proclamaba la fórmula a aplicar: conversión o exterminio. De hecho, la extensión de los beneficios pretendidamente espirituales de la cruzada era el más efectivo soporte para el secular expansionismo alemán sobre las amplias tierras del Este. Los amenazados cristianos del Cáucaso y los húngaros y polacos agredidos por el arrollador poder mogol contaron también con el apoyo del espíritu cruzado. Por otra parte, la Santa Sede se valió luego de la fuerza moral de las indulgencias para apoyar la más radical supresión de los movimientos que, en el interior del Occidente cristiano, mostraron posturas heterodoxas y fueron calificados de heréticos. Así ocurrió en el caso de los cátaros o albigenses en el Sur de Francia, y en el de los husitas en Bohemia.



CORDON

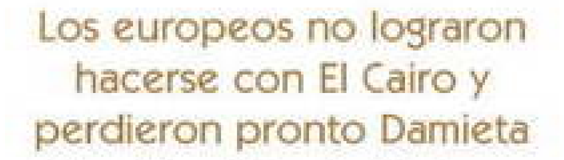
El castillo de Montsegur (derecha), en Montpellier, fue el último bastión cátaro, movimiento que regresaba a la pureza del cristianismo.

Adiós a la Ciudad Santa



Gracias a la campaña en Egipto de Jean de Brienne y a la capacidad diplomática de Federico II, Jerusalén se conservó latina hasta 1244, año en que se perdió definitivamente.

Ya bajo la nueva amenaza del creciente y expandido poder de los mogoles sobre Oriente, en 1215 se celebró el IV Concilio de Letrán, donde se tomó la decisión de predicar una nueva cruzada que, en este caso con absoluta exclusividad, se dedicase a recuperar los Santos Lugares y asegurar en ellos la presencia cristiana. Se pretendía así superar los intereses materiales que habían frustrado la anterior. El papa Inocencio III consiguió convencer a destacados caballeros para que se uniesen a la empresa, contando con el patrocinio de los reyes Leopoldo VI de Austria y Andrés II de Hungría. Las primeras operaciones, comenzaron dos años más tarde, en Acre, con el desembarco de las fuerzas del húngaro. Pero esta acción tuvo muy escasa incidencia hasta que, ya en 1218, Jean de Brienne, rey de Acre, intentó la conquista de Egipto y puso sitio a la fundamental plaza de Damieta, contando con el soporte de las decenas de miles de cruzados que habían desembarcado allí.



El sultán sirio, sintiéndose en débil posición, prefirió ceder Jerusalén a cambio de conservar Egipto, que era pieza básica de su poderío territorial. Pero, una vez más, volvieron a imponerse los viejos demonios y las permanentes disensiones entre los jefes cruzados acabaron por frustrar definitivamente la empresa. En el verano de 1220, una flota siria destruía frente a las costas de Chipre a la cristiana. Poco después, fracasaba la prevista marcha sobre El Cairo e incluso la posición de Damieta, que tantos esfuerzos había exigido, hubo de ser abandonada. En esta ocasión, incluso, ni habría pacto y, llegado el verano de 1221, el poder otomano volvía a imponerse de forma exclusiva. El espíritu cru-



San Francisco de Asís predicando delante del Sultán de Egipto, según un grabado de Gustavo Doré (1832-83).

Los custodios

Entre 1219 y 1220, Francisco de Asís visitó Egipto, pero no está comprobada la tradición que afirma que también estuvo en los Santos Lugares. Su interés por ellos se había manifestado ya desde el momento de la creación de la Orden Franciscana que, en 1217, había creado la Provincia de Tierra Santa. En 1342, dos bulas de Clemente VI encomendaban a los franciscanos la "custodia de los Santos Lugares", estatus que conservan hasta hoy. A partir de su posición inicial en el Cenáculo y el Santo Sepulcro, los franciscanos fueron adquiriendo, recuperando y conservando los demás espacios emblemáticos de la vida de Cristo: la Basílica de la Natividad, el enclave de la Anunciación, el Monte Tabor, el santuario de Caná, el Huerto de Getsemaní, el rincón de la Flagelación, las ruinas de Cafarnaum, el Campo de los Pastores, el Monte Nebo... De esta forma, los frailes del "poverello" han sido, durante siglos, los mejores y más fieles protectores de estos espacios fundamentales para la fe de los cristianos.



El diplomático alemán
En el lienzo "La corte de Federico II en Palermo", de A. Ramberg (1819-1865) se muestra al emperador negociando una tregua con los musulmanes, en 1230.

ALBUM

Federico II era mucho más partidario de utilizar las vías diplomáticas

zado naufragaba de nuevo de la forma más indigna.

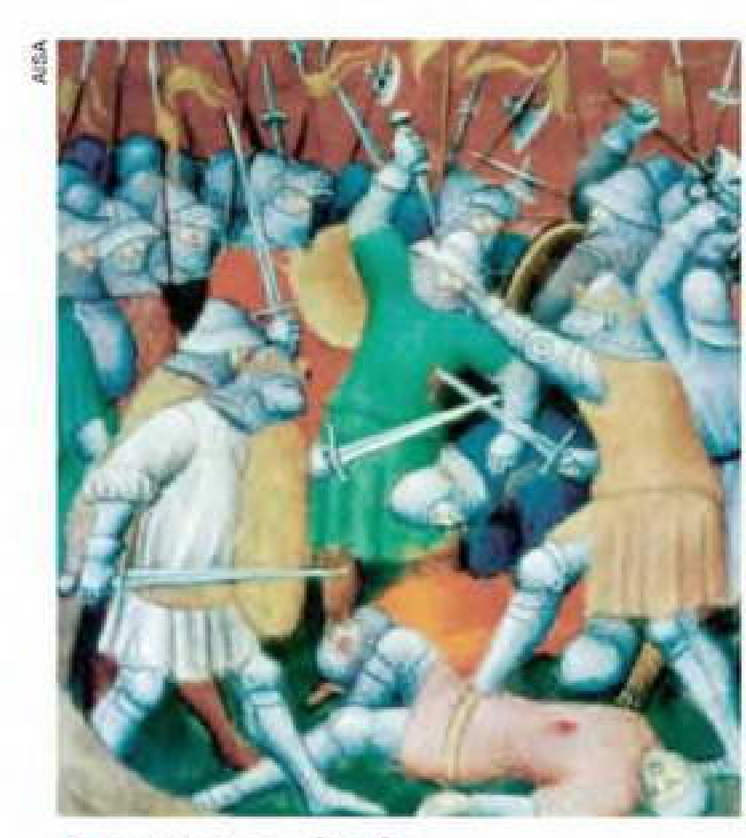
Con todo, estaba demostrado que nunca faltaba quien se mostrase inasequible al desaliento, recuperando más o menos desinteresadamente el viejo espíritu de los caballeros de Cristo. Así, dos años más tarde, en 1223, el emperador Federico II Hohenstaufen anunciaba una nueva cruzada, impulsada, en esta ocasión, por el papa Honorio III. En 1225, Federico reforzaba esta voluntad al casarse con Yolanda, hija de Jean de Brienne, lo que le convertía en rey titular de Jerusalén. Con todo, el monarca no acababa de decidirse a acometer la empresa, hasta el punto de que un irritado pontífice Gregorio IX llegó a excomulgarle. Cuando finalmente desembarcó en las costas palestinas, ya alcanzado el año 1228, Federico se mostró mucho más partidario de utilizar las vías diplomáticas que las bélicas. Persona de gran tolerancia y cultura –y por ello absolutamente distinto de los demás monarcas del momento–, valoraba y respetaba a sus futuros adversarios. Parecía como si la paz hubiese llegado finalmente hasta aquellos tan disputados lugares. Un acuerdo, firmado en febrero de 1229, aseguraba en la zona una tregua por diez años, al tiempo que el emperador obtenía del sultán la cesión de una Jerusalén libre de presencia armada y el acceso a las emblemáticas localidades de Belén y Nazaret.

En agosto de 1244, los turcos recuperaron definitivamente Jerusalén

Sin embargo, una década más tarde, los cruzados eran nuevamente expulsados de la Ciudad Santa. Esto hizo que, a fines de 1240, las fuerzas mandadas por el rey de Navarra, Ricardo de Cornualles y el duque de Borgoña desembarcaran en Acre y consiguieran de sus enemigos la firma de la Paz de Ascalón (1241), por la que recuperaban los perdidos territorios. Pero las permanentes intrigas y traiciones en el interior de ambos bandos iban a debilitar de forma permanente la situación. El 23 de agosto de 1244, los turcos volvían a ocupar Jerusalén, que ya nunca más regresaría a manos cristianas.

A pesar de todo, este retroceso cruzado no fortalecía definitivamente a sus oponentes, que ya desde Oriente estaban situados bajo la directa amenaza que, a partir del corazón de Asia, el mongol Gengis Khan lanzaba, tras haber sojuzgado y aniquilado el poder de China y de Rusia. ■

AISA



Aventura egipcia
Tras sitiar Damieta (ilustrado en este códice del siglo XV), Jean de Brienne se dirigió a El Cairo.



CARLOS AGUILERA

Latinos a orillas del Nilo
En la Quinta Cruzada (en amarillo), Andrés II de Hungría llegó hasta Acre y, posteriormente, Jean de Brienne lideró la campaña de Egipto. La Sexta Cruzada (en verde) llevó a Federico II hasta Jerusalén, aunque no llegó a batallar contra los turcos.

El fin del espíritu cruzado

Luis IX de Francia fue el auténtico impulsor de los dos últimos asaltos de la cristiandad a tierras "infieles", resueltos en dos rotundos fracasos. Si en 1250 Egipto se convirtió en una frontera inexpugnable, 41 años después los cruzados partieron definitivamente de Acre, último bastión latino.

Federico II, fiel a su política diplomática, se adecuaba a la realidad dominante y, en 1247, firmó un acuerdo con el sultán de Egipto, hombre fuerte de la situación. En 1245, el Concilio de Lyon había acordado proceder al llamamiento de una nueva cruzada. El papa Inocencio IV estaba enfrentado a Federico e instrumentó ahora al fanático rey Luis IX de Francia –que acabaría elevado a los altares–, erigiéndose en líder máximo de las nuevas operaciones. El monarca francés convirtió la idea de cruzada en uno de los ejes de su reinado. En esta ocasión, las operaciones militares no se plantearon sobre el estricto espacio de Tierra Santa, sino que se situaron en Egipto.

Los consejos que el experimentado Federico le dio no fueron oídos por la cerrazón del francés, firmemente convencido de hallarse en posesión de la verdad. En 1248, tras fracasar en Chipre en su intento de pactar con los mogoles para presionar al adversario común, el desastroso político que era Luis decidió entrar por la vía de la fuerza directa, que tan mal había funcionado con anterioridad.

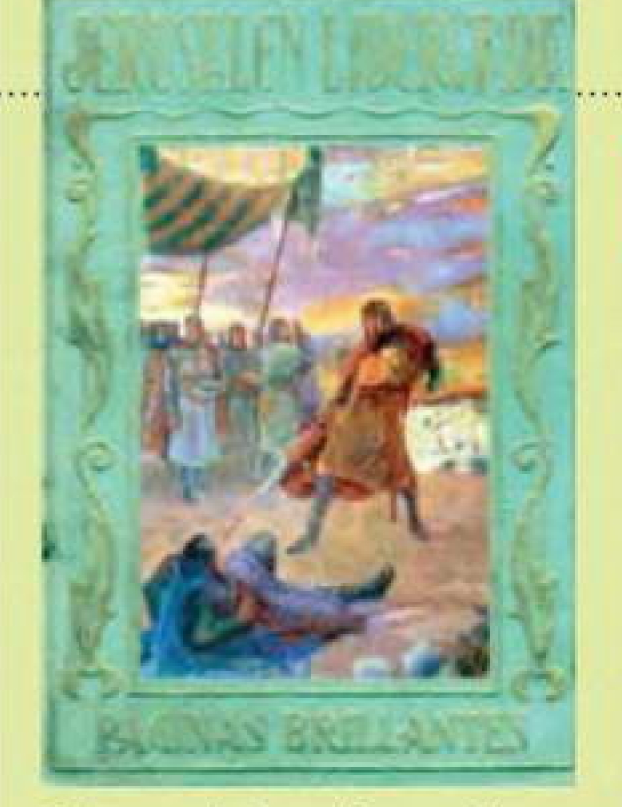
El buen resultado de las primeras operaciones, realizadas a partir del desembarco efectuado en Damieta, en 1249, deslumbró a sus ejecutores y pareció ofrecer las mejores perspectivas. Con este espíritu, la marcha de los envalentonados cruzados franceses hacia El Cairo se inició, al año siguiente, como un verdadero paseo militar que fue, sin embargo, detenido muy pronto de la forma más decidida. A la cruenta derrota que sufrieron en Mansura, siguió una vergonzosa retirada que incluyó la captura de Luis, que fue recluido. Solamente la devolución de la plaza de Damieta y el pago de una fuerte cantidad de dinero le devolverían la libertad. A pesar de todo, continuó en Palestina durante los siguientes cuatro años. Por una vez, el fanatismo espiritual se había impuesto sobre los intereses materiales, pero, evidentemente, tampoco había sido capaz de responder al desafío planteado.

> La victoria inicial en Damieta desembocó en un desastre final en El Cairo

La suerte ya estaba echada con los feroces y decididos mogoles enseñoreándose en el Medio Oriente. La complicación de la confusa situación haría que las alianzas se


ACI

Literatura e ideología



El poema de Tasso fue ampliamente divulgado por la Iglesia, temerosa de la fuerza que estaba cobrando el protestantismo.

En 1581, el napolitano Torquato Tasso publicaba su poema épico "Jerusalén libertada". En él, las idealizadas figuras de Godofredo de Bouillon y sus bravos compañeros, empeñados en idealista pugna por rescatar a la Ciudad Santa de las impuras manos del infiel, alcanzaban niveles literarios de gran entidad. Eran momentos aquellos en que el Papado dirigía con vigor sobre el corazón de Europa la lucha de la Contrarreforma en contra de la *rebelión* protestante. Dominaba Tasso la técnica literaria y ofreció un afortunado ensamblaje de realidad histórica y elementos novelescos. La obra conoció inmediatamente una gran difusión y fue traducida a diversas lenguas, viniendo a servir como útil instrumento propagandístico del Pontificado romano. La vieja pugna de cruzados y musulmanes servía ahora como idealizado modelo para la lucha planteada entre católicos y protestantes. Era, una vez más, como lo iba a seguir siendo hasta el día de hoy, la literatura puesta abiertamente al servicio de la ideología.



Últimos escarceos a través del Mediterráneo
El objetivo de la Séptima Cruzada (en amarillo) fue la toma de plazas fuertes en Egipto, pero la captura de Luis IX obligó a devolver Damieta. El último fracaso ocurrió en la Octava Cruzada (en verde), al ser derrotados en Túnez.

Gregorio X fracasó en su intento de organizar una cruzada, en 1274

sellasen y saltasen sin cesar, creando imposibles aliados de un día que, al siguiente, se enfrentarían en el campo de batalla. En Occidente, la pérdida de la posición clave de Antioquía, en el año 1268, fue la impulsora del llamamiento a una nueva cruzada. El obstinado Luis de Francia no se sintió escarmentado con el humillante fracaso que había cosechado y quiso dirigir de nuevo las operaciones. Para ello, había incluso llegado a construir en la costa de Provenza el puerto de Aigues Mortes, ideado como base de partida de sus cruzados. De allí marcharía en el que iba a ser su último viaje. Su hermano Carlos de Anjou, rey de Nápoles y Sicilia, le había convencido de la necesidad de efectuar un ensayo previo en Túnez, donde sin duda podrían obtener alguna brillante victoria. Pero la suerte estaba definitivamente en su contra y, en 1270, el rey moría víctima de la peste, durante el asedio a la capital del territorio. Las fuerzas francesas regresaban a su país, tras firmar una paz que convertía a Túnez en país tributario de su reino. Mientras tanto, los contingentes dirigidos por el príncipe Eduardo de Inglaterra proseguían en Tierra Santa la tarea paralela originalmente programada y, tras su desembarco en las costas palestinas, la vía diplomática volvía a mostrarse como la única posible: en 1272 se firmaba la paz con el sultán.

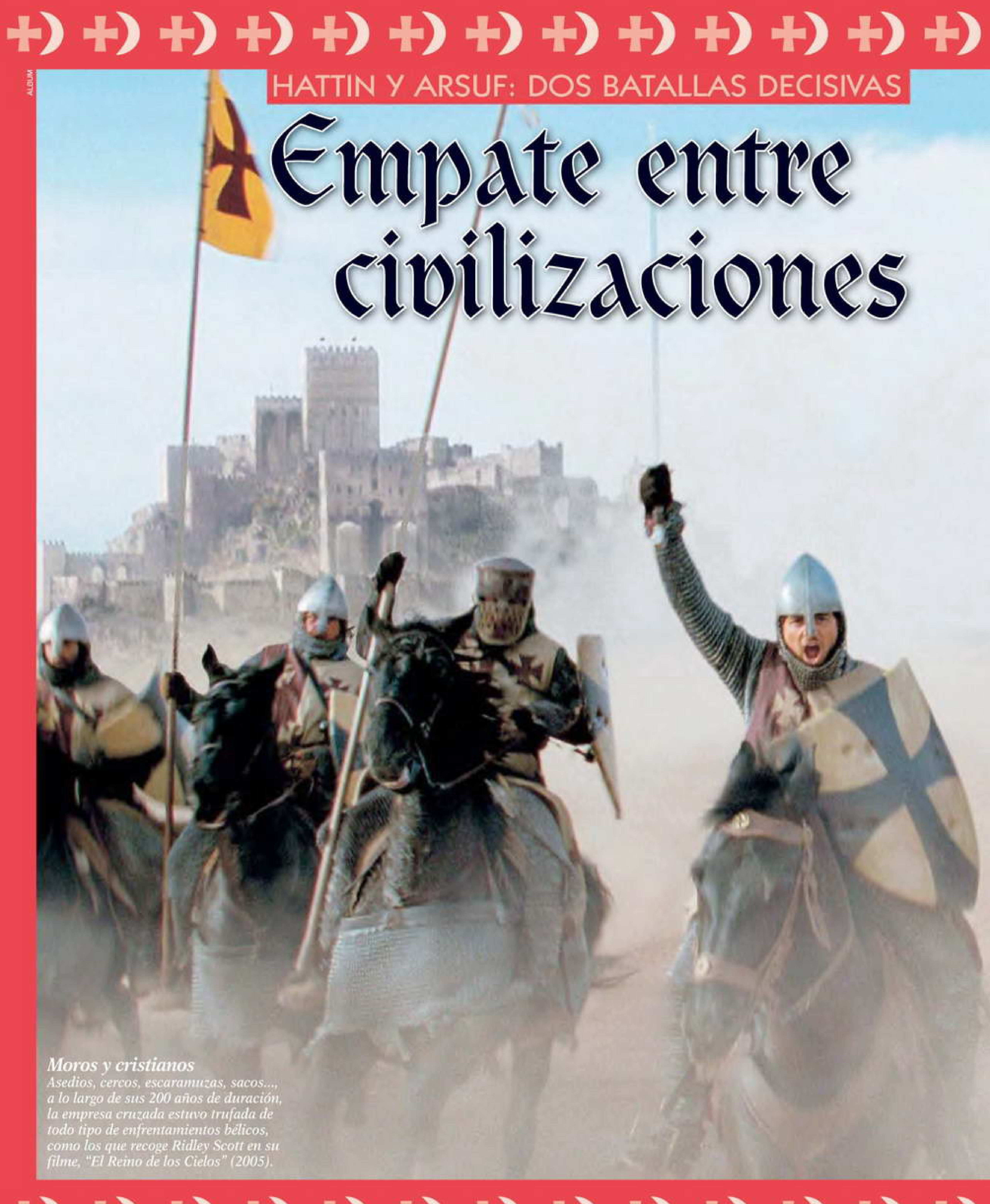
A finales del siglo XIII hubo intentos frustrados de proclamar nuevas cruzadas

En el Concilio de Lyon (1274), se comprobaba el fracaso del papa Gregorio X en su intento de organizar otra operación cruzada que, a pesar de contar con los decisivos apoyos del emperador bizantino, Miguel Paleólogo, y de Rodolfo de Habsburgo, no llegó a pasar de ser un proyecto fallido desde sus mismos planteamientos. Una cruzada postrera, que tampoco ha sido integrada como tal en la relación tradicionalmente admitida por los historiadores, fue la que predicó el papa Nicolás IV en 1289. Unos escasamente entusiasmados monarcas cristianos establecieron algunos acuerdos previos con los mogoles, pero ni siquiera se llegó a preparar partida alguna. Las posesiones cristianas iban cayendo una tras otra y, llegado el verano de 1291, la presencia de los occidentales en Palestina no era ya más que un recuerdo. Por lo que se refería a Tierra Santa, el espíritu cruzado estaba definitivamente muerto. ■

San Luis, el monarca que subió a los altares
Luis IX de Francia (al lado, pidiendo la intercesión divina) fue santificado, tras hacer de las Cruzadas el objetivo de su reinado. Falleció a las puertas de Túnez, en agosto de 1270, tal y como lo retrató el pintor Jean Fouquet (1420-1480).

HATTIN Y ARSUF: DOS BATALLAS DECISIVAS

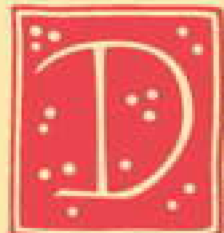
Empate entre civilizaciones



Moros y cristianos
Asedios, cercos, escaramuzas, sacos..., a lo largo de sus 200 años de duración, la empresa cruzada estuvo trufada de todo tipo de enfrentamientos bélicos, como los que recoge Ridley Scott en su filme, "El Reino de los Cielos" (2005).

Los dos siglos de guerra entre cruzados y musulmanes se podrían resumir en sus dos batallas principales: la victoria de Saladino en Hattin (1187), durante la Segunda Cruzada, y el posterior triunfo de Ricardo Corazón de León en Arsuf (Tercera Cruzada, 1191).

Por **Juan Antonio Guerrero**
Ilustraciones **José Antonio Peñas**



urante las ocho sucesivas expediciones que llamamos Cruzadas, se produjeron numerosas batallas. Muchas de ellas fueron simples asedios o cercos en los que las fuerzas atacantes, unas veces los cruzados y otras los musulmanes, rendían por aislamiento, hambre, sed, enfermedades y otras privaciones a las ciudades amuralladas o las fortalezas que defendían puntos estratégicos en el camino a Jerusalén. Detallar tantos encuentros bélicos sería excesivo, pero dos de estas batallas resultaron ser decisivas para sus propósitos tácticos y estratégicos y, además, reunen casi todas las características *típicas* de los combates entre cruzados y musulmanes. El 4 de julio de 1187, en Hattin, junto al lago Tiberíades, el sultán suní Saladino, que había devuelto Egipto al califato y lo había convertido en la principal fuerza del islam, aplastó a los francos de la Segunda Cruzada y despejó su camino hacia las murallas de Jerusalén, cuya ciudadela capturó el 2 de octubre de 1187.

Saladino y Ricardo, vencedores ambos en cada una de las batallas y paladines de sus respectivos bandos

La victoria del sultán egipcio conmocionó al Occidente cristiano y dio origen a la Tercera Cruzada, quizás la más conocida y *glamurosa* de todas. Durante la misma y en Arsuf, el mítico rey inglés Ricardo Corazón de León derrotó, por primera vez, a los hasta entonces invencibles soldados de Saladino, pero ni ésta ni posteriores batallas pudieron eliminar el poderío musulmán. Un resultado que presagiaba el *tanteo* final del enfrentamiento, el colosal empate entre civilizaciones que supusieron las muchas peregrinaciones, armadas o no, que hoy conocemos como Cruzadas.

Hattin, 1187



La desunión entre los musulmanes permitió la supervivencia de los estados cruzados durante largos años no exentos de hostilidades. Pero la Segunda Cruzada resultó un rotundo fracaso y los dos reyes –Luis de Francia y Conrado de Alemania– que la encabezaban, decidieron regresar a Europa, donde la cristiandad, que no podía admitir la derrota, creyó que Dios les castigaba por sus pecados. Una ola de movimientos piadosos pretendió purificar la sociedad. Y se preparó una nueva cruzada. Esta vez se trataba de un verdadero esfuerzo de guerra al que todos fueron llamados a contribuir. Pero también los musulmanes se habían fortalecido. Por primera vez, un líder guerrero, Saladino, había conseguido unir todo el Oriente musulmán y predicaba, además, la *yihad* o guerra santa.

Mientras, en Jerusalén, una orgía de conspiraciones e intrigas entronizó como soberano al impetuoso Guido de Lusignan, casado con la hermana de Balduino IV, el "rey leproso". El regente, Raimundo de Trípoli, trató de oponerse, pero hubo de desistir ante la deslealtad de la mayoría de los señores feudales. Así las cosas, a finales de junio de 1187, Saladino cruzó el Jordán con un ejército de casi 60.000 hombres, de los que más de la mitad eran jinetes, y puso sitio, el 2 de julio, a la fortaleza cristiana de Tiberíades, junto al mar de Galilea. Desplegó sus efectivos en la llanura que dominaba la ciudad por el oeste, protegiéndose así de cualquier ofensiva de los francos. Éstos habían reunido sus tropas en Samaria, a veinte kilómetros escasos de distancia, desde donde controlaban todas las rutas y disponían de abundantes recursos para sus 6.000 caballeros, 18.000 infantes y un grueso contingente de caballería ligera.

Los cristianos tuvieron que atravesar una llanura desértica sin agua y padeciendo el sofocante calor del estío

Guido de Lusignan decidió olvidar la prudente recomendación de Raimundo de Trípoli, el ex regente, quien, siendo señor de Tiberíades, tenía a su familia en la ahora sitiada fortaleza. Éste le aconsejó esperar a que los musulmanes se dispersaran, en vez de atacarles directamente para obligarles a levantar el sitio, como Guido pretendía. Las razones de Raimundo eran convincentes desde el punto de vista estratégico, dado que para alcanzar a las fuerzas de Saladino los cristianos tenían que atravesar la desértica llanura, sin agua y en medio del sofocante calor del estío. Además, insistió, una batalla entre Jerusalén y Tiberíades podría significar, en caso de derrota, la caída de la Ciudad Santa. Esa misma noche, sin embargo, Guido de Lusignan convenció a su tío Gerardo de Ridefort, Gran Maestre templario, de que las verdaderas intenciones del conde Raimundo eran las de deshonrarle, permitiendo que Saladino se apoderase de Tiberíades. Así que Ridefort, temiendo que le volvieran a acusar de cobardía –cuatro años antes se negó a enfrentarse con Saladino–, ordenó a su ejército iniciar la marcha a la mañana siguiente. Entretanto, Saladino había capturado la ciudad, aunque los defensores y la esposa de Raimundo, la valerosa Eschiva, se habían refugiado en la ciudadela, que seguía sitiada.

Al amanecer del día 3, el ejército cristiano levantó el campo y marchó hacia Tiberíades. Raimundo de Trípoli encabezaba la vanguardia; el rey mandaba el centro, custodiando la mayor reliquia de la cristiandad, la Vera Cruz (en la que, según se creía, había sido crucificado el propio Jesús). Y, a la retaguardia, marchaban los templarios. Cuando Saladino se enteró, envió de

El rey Guido cayó cautivo con muchos de sus nobles, así como los maestres templarios y hospitalarios

inmediato algunas fuerzas que atacaron a la vanguardia de Raimundo de Trípoli, mientras otras la rebasaban en busca del grueso de los cristianos. Al calor asfixiante, se unió el polvo de las galopadas, las provisiones se acabaron pronto y la sed comenzó a atormentar a los latinos. La situación se hizo crítica y Raimundo advirtió a Guido de que a menos que alcanzaran el Jordán y el lago, el ejército estaría perdido. Esta vez el rey le hizo caso y ordenó que se avanzara con más rapidez, pero pronto se supo que la retaguardia, compuesta por templarios y hospitalarios, estaba inmovilizada bajo un intenso ataque de los arqueros turcos. El cuerpo principal cristiano vivaqueó durante la noche en las laderas de una doble cumbre llamada los Cuernos de Hattin, pero el descanso fue imposible. Saladino reforzó sus arqueros y siguió hostigando con ellos a los cristianos. Raimundo, entretanto, continuó el avance con la vanguardia. El rey, sin embargo, deshizo la formación para permitir que la caballería cargase contra los arqueros musulmanes, lo que provocó que cundiera el caos hasta que, por fin, fueron rodeados por los musulmanes. Raimundo y su valerosa condesa salvaron la vida, pero Saladino ejecutó a Reinaldo.



Factores que alteran el producto

Las condiciones del terreno, una toma de decisiones equivocada –mediatizada por rencillas personales– y la estrategia de Saladino inclinaron la balanza hacia el lado musulmán en la batalla de Hattin.

1

El paso del desierto

El ejército cristiano avanza hacia Tiberíades. En vanguardia marcha el conde Raimundo; el rey Guido, en el centro; y templarios y hospitalarios cierran la formación.

El conde Raimundo abre la marcha hacia Hattin

Taqi al Din bloquea el paso hacia las fuentes de Hattin

Balian de Ibelin

Infantería musulmana

Caballería de los cruzados

Caballería ligera musulmana

Saladino se dirige hacia el Este para cerrar el paso hacia Tiberíades

Rey Guido

2

Incendios, flechas y sed

Voluntarios a las órdenes de Saladino hostigaron al ejército cristiano con incendios. Raimundo continuó el avance, pero el rey Guido deshizo la formación.

Raimundo carga y atraviesa las líneas musulmanas

Taqi al Din cierra filas tras la carga de Raimundo

Hombres de Saladino provocan incendios y avanzan hacia el este

Guido trata de formar una defensa al sur del Cuerno de Hattin

Saladino avanza y empuja a las fuerzas de Guido hacia el Cuerno

3

Desenlace inevitable

Tras un último y desesperado ataque, los cruzados fueron rodeados por las fuerzas musulmanas. Taqi, sobrino de Saladino, dejó pasar a Raimundo y Balian de Ibelin consiguió escapar.

Las fuerzas musulmanas rodean el Cuerno de Hattin y derrotan al rey Guido

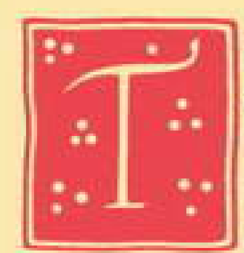
El humo cubre el campo de batalla sofocando a los cruzados

Las fuerzas cruzadas en el llano son dispersadas y vencidas

Balian rompe el cerco y huye hacia el oeste



Arsuf, 1192



Tras la victoria de Hattin, Saladino tomó todas las fortalezas y ciudades francas, incluidas Trípoli y Antioquía, ofreciendo condiciones favorables a los que se rindieran. Pero los francos resistieron en Jerusalén hasta que su población cautivada fue ofrecida al rescate: diez besantes por hombre y cinco por mujer y diez mil besantes por sus siete mil pobres. Ocho mil francos serían liberados de este modo y otros diez mil lo fueron gratuitamente por magnanimidad del sultán. Sin embargo, un contingente similar sería vendido como esclavo, muchos de ellos enviados a Egipto para construir fortificaciones. Ocupada la ciudadela el 2 de octubre de 1187, se cerró el Santo Sepulcro y las mezquitas volvieron al culto. Una terrible conmoción sacudió el mundo cristiano: los infieles tenían ahora en su poder los Santos Lugares y la Vera Cruz y del reino de Jerusalén sólo quedaba Tiro. Una Tercera Cruzada era imperativa y, esta vez, tras un primer contingente de daneses, sajones, normandos y flamencos, los reyes de Francia, Inglaterra y Alemania se pusieron en marcha.

El primero fue Federico Barbarroja, de Alemania. Moviéndose por tierra hacia Anatolia, obtuvo una gran victoria contra el sultán de Iconium pero, impedido por el peso de su coraza y sus escasas dotes natatorias, murió al intentar atravesar el río Salef. Dos años más tarde, los reyes de Francia e Inglaterra, Felipe Augusto y Ricardo, olvidando sus diferencias, partieron juntos. Felipe llegó antes que Ricardo, que se detuvo para apoderarse de Messina y Chipre. En julio de 1191, ambos monarcas harían capitular Acre en su camino hacia Jerusalén. Pero Felipe Augusto enfermó y hubo de regresar a Francia, así que Corazón de León quedó solo frente al invencible Saladino.

Su poderoso ejército era nutrido y estaba bien armado y organizado –contaba con médicos, sanitarios y hasta lavanderas para reducir así el riesgo de epidemias–. Ricardo entabló negociaciones con el sultán para el rescate de Acre, pero, tan pronto como éstas se interrumpieron, mandó pasar a cuchillo a los casi tres mil prisioneros. El 22 de agosto de 1191, Ricardo inició el avance, pero esta vez su ejército no cometería los errores que causaron el desastre de Hattin.

El cruzado que se retrasaba, enfermo, agotado o herido, era abandonado y rematado por las huestes musulmanas

Corazón de León era un guerrero experimentado, así que organizó sus fuerzas –casi 14.000 hombres, sin contar los auxiliares– de manera muy astuta, colocando las columnas de carromatos con la impedimenta, los víveres y suministros y las máquinas de asedio en el ala izquierda de su marcha, cerca del mar, por donde no podían temer ningún ataque. Después venían las doce formaciones de caballería y, finalmente, dos columnas de infantería que se extendían por el flanco derecho, el que soportaría los ataques de hostigamiento de los musulmanes. Estas columnas se relevaban, invirtiendo sus posiciones: la que hoy marchaba en el exterior, lo hacía al día siguiente en el interior. De esta forma, siempre se disponía de tropas frescas en el flanco más expuesto. El orden de marcha lo abrían y cerraban templarios y hospitalarios. Incluso así, el cruzado que se retrasaba, enfermo, agotado o herido, era dejado atrás y las fuerzas irregulares de Saladino, que seguían al contingente cristiano, lo degollaban de inmediato.

El agotador calor comenzó a hacer de las suyas sobre los hombres vestidos con sus pesadas cotas de malla y, hacia el 5 de septiembre, Ricardo intentó iniciar negociaciones. Pero Saladino contaba con ello y esperaba abrir una brecha por donde sus 10.000 jinetes pudieran quebrar el cerrado orden de los cruzados. No hubo tregua, y dos días después, el sultán decidió entablar batalla al norte de Arsuf, en un llano de unos tres mil metros de ancho, bordeado por un bosque al este y por el mar al oeste.

El 7 de septiembre, a media mañana, Ricardo reagrupó sus tropas, cerrando al máximo las filas para que soportaran las inminentes cargas de los arqueros a caballo y de la caballería sarracena. Inició el ataque la caballería turca, apoyada por escuadrones de lanceros y arqueros, cargando contra el ala izquierda cruzada, cuyos infantes y ballesteros soportaron el impacto. Enrique de Champagne, que mandaba esta división, ordenó que los ballesteros castigaran a la caballería enemiga al retirarse, momento en el que resultaba muy vulnerable. Saladino

Los fanáticos musulmanes lanzaron, una semana después de esta derrota, un terrible ataque contra Jaffa, que fue saqueada

ordenó cambiar el ataque y cargar contra la retaguardia, mandando a sus cuatro mil arqueros egipcios a deshacer las filas para poder atacar a las desordenadas tropas. Nubes de flechas caían sobre los cristianos y luego los arqueros se retiraban, intentando atraerles en su persecución.

La captura de un estandarte cristiano fue la señal para que los jinetes cruzados se lanzaran sobre los arqueros

Pero Ricardo negó el permiso a los jefes hospitalarios de la castigada retaguardia para atacar a los arqueros, manteniendo la caballería detrás de los infantes y ballesteros. Al mediodía, el calor se había convertido ya en otro mortal enemigo. De repente, un envalentonado jinete musulmán huyó con uno de los estandartes cristianos. Su movimiento fue interpretado por el resto como la esperada orden de cargar y se lanzaron en masa sobre los arqueros. Los jinetes cristianos, con Ricardo a la cabeza, penetraron profundamente entre los ejércitos sarracenos. Viendo el éxito conseguido, Ricardo envió a los angevinos, bretones y templarios contra el flanco sarraceno que aún no entraba en batalla. El sultán temió caer prisionero y ordenó el despliegue de su guardia personal, cuyos 400 tambores resonaron al incorporarse a la batalla. Ricardo se puso entonces a la cabeza de sus ingleses, mientras los feroces normandos se les unían blandiendo sus temibles hachas de guerra. La batalla estaba ya perdida para los musulmanes y Saladino se retiró, dejando tras de sí casi 7.000 muertos y 2.000 heridos. ■

1
Impedimenta de los cruzados
Infantería de los cruzados
Caballería de los cruzados
Arqueros turcos (caballería ligera)
Hostigamiento a la retaguardia
Hostigamiento al flanco izquierdo
Caballería de Saladino
Caballería de Saladino

2
Carga de los hospitalarios
Carga del flanco izquierdo
Saladino hace avanzar su caballería



Todos para uno
Ricardo Corazón de León, un guerrero astuto y experimentado, no cayó en los errores de sus correligionarios en Hattin. Primero, siempre dispuso de tropas frescas en el flanco más expuesto (arriba) y, segundo, ante el ataque sarraceno, supo mantener a sus fuerzas cohesionadas, de manera que sólo respondieron al hostigamiento cuando su jefe así lo dispuso. Ricardo fue un jefe admirado por sus hombres, que eran capaces de seguir sus órdenes al pie de la letra y dar la vida por él.

▶

De armas y máquinas

El arte de la guerra en la Edad Media descansaba, fundamentalmente, en los asedios a los castillos, fortalezas y ciudades amuralladas. Los ejércitos, en el mundo feudal, eran caros y poco numerosos, aunque estratégicamente se concedía una gran importancia a las tropas especializadas, sobre todo las de asedio y sus complejas máquinas de guerra. El resto de las fuerzas podrían considerarse, incluidos los caballeros y a pesar de que la caballería europea gozaba de un enorme predicamento, soldados a tiempo parcial.

En la realidad del campo de batalla, las capacidades de la caballería en los grandes encuentros eran verdaderamente limitadas y la victoria descansaba casi siempre en la infantería, que actuaba muy a menudo en calidad de apoyo y protección y, por lo tanto, seguía siendo la reina de las batallas, como en los tiempos del Imperio Romano. No es de extrañar que los grandes combates fueran escasos y la mayoría de los encuentros se limitaran a escaramuzas, de las que las célebres "razzias" musulmanas son claro ejemplo, ya que en este tipo de enfrentamientos, las habilidades tácticas podían ser mejor aprovechadas.

Es posible que los ejércitos francos o latinos –de las dos maneras se llamaba a los cristianos establecidos en Tierra Santa– estuvieran influidos por esta "ciencia de la guerra", pero en general, el suministro por el mar y la defensa a base de castillos fueron la base de su estrategia. Los cruzados nunca llegaron a conquistar realmente aquellas tierras, sino tan sólo porciones de las mismas, y éstas eran casi siempre costeras o estaban situadas cerca de la costa y protegidas por el otro lado por una cadena de posiciones estratégicas fortificadas y ciudades amuralladas. El suministro por mar, asegurado en tanto genoveses y venecianos gozaran de la supremacía naval, no sólo proporcionaba las reservas de hombres y permitía el aporte de fuerzas de maniobra, sino que resultaba fundamental para la "renovación de la sangre": la escasez de mujeres cristianas quebraba la moral de los cristianos y aumentaba la tendencia al mestizaje.

La escasez de tropas quedaba compensada por la superioridad de las armaduras, muy superiores a las de los musulmanes, lo que permitió la pervivencia de la caballería pesada, heredera de la bizantina. El efecto de ésta se basaba en el volumen de la masa colectiva de los jinetes durante la carga, una suma de múltiples acciones individuales que redoblaba su eficacia al quebrantar la resistencia del enemigo por el peso de tan gran número de monturas. Si el ejército musulmán era capaz de maniobrar para evitar la colisión, como en el caso de los arqueros turcos, los caballeros francos quedaban expuestos a un contraataque, dado que la formación se deshacía durante el galope final. Así que los jefes de la caballería franca se veían obligados a manejarla como si se tratara de un proyectil disparado, imposible de controlar después de lanzado. La victoria se conseguía al romper las filas enemigas en un ímpetu, una sola carga, que llegaron a perfeccionar por su destreza en el cálculo del tempo, evitando así las tácticas esquivas de los jinetes musulmanes.

La infantería, por su parte, asumía el papel de protección de la caballería durante las marchas y en campo abierto, for-

Trabuquete

En los asedios se empleaban numerosas máquinas arrojadizas (artillería neurobalística), entre las que destacó por su número el llamado trabuco, trabuquete o trébuchet, basado en la palanca de contrapeso. Las más grandes podían pesar cerca de seis toneladas y lanzaban proyectiles macizos de unos 50 a 60 kg –con un máximo de 125 kg– a distancias superiores a los 200 m y con gran precisión.



Espadas

En contra de lo que se cree, las armas individuales árabes y cristianas se parecían mucho en su aspecto exterior. Ambas eran, en general, de hoja recta. Sin embargo, por su alto contenido en carbono, el famoso acero de Damasco daba a las musulmanas, además de una tenacidad inigualable y un filo muy cortante, un aspecto azulado mate con espejeantes marcas superficiales, en contraste con el brillo de las espadas de los francos.

Catapulta

La catapulta, una máquina tormentaria de tiro horizontal, funcionaba a base de la torsión de cuerdas o nervios y podía arrojar tanto proyectiles como dardos o saetas. Era un arma muy antigua, ya utilizada por romanos y otros pueblos antiguos. Se dividían entre las que lanzaban piedras o litóbolas y las que arrojaban dardos o saetas, llamadas doribolas. Las más conocidas, sin embargo, fueron las catapultas de brazo vertical, también llamadas onagros, que terminaban en un hueco o cuchara donde se depositaba el proyectil. Este tipo de artillería era de tiro parabólico.



Tropas especializadas, pesada maquinaria de guerra..., los ejércitos enfrentados en las Cruzadas desarrollaron un complejo armamento que se utilizó tanto en el campo de batalla como en el asedio o defensa de una plaza.

mando una caja, en el centro de la cual se situaban los caballeros. Soportaba así el ataque de la caballería ligera y los arqueros enemigos, impidiendo que sus flechas privasen a los caballeros de sus monturas: los musulmanes atacaban con especial interés a los caballos, con lanzas y flechas, al contrario que los francos, que consideraban impropio, y hasta antieconómico, herirlos o matarlos, dada la escasez que sufrían siempre de buenas caballerías.

En cuanto al arsenal musulmán, la típica imagen de los soldados islamistas empuñando sables curvos y casi sin más protección que un ligero escudo y algunas placas de armadura liviana no se corresponde con la realidad. La mayoría de las espadas musulmanas eran de hoja recta, como las cristianas, a pesar de que hacía un par de siglos que el sable curvo, originario del Asia central, ya era conocido y usado, especialmente como arma personal. El arco compuesto, cuya vara se fabricaba con cuerno, madera y ligamentos, cubierto con corteza de árbol o piel, era un arma fundamental y sus flechas, numerosísimas siempre, estaban igualmente fabricadas con material compuesto, siendo sus extremos traseros de hueso con una muesca para la cuerda. Durante las Cruzadas, sin embargo, se cambió del tipo "huno" o angulado, al tipo "turco" o curvado, más corto y sin *orejas*, lo que lo mejoraba y adaptaba para su empleo desde la silla de montar. Se ha afirmado con insistencia en la ineficacia de las flechas sarracenas contra las cotas de malla. En realidad, esto es producto de una mala interpretación de las fuentes, ya que éstas suelen referirse a los hostigamientos desde una gran distancia, cuya finalidad no era otra que la de herir a los caballos, ya que carecían de armaduras.

Para la protección se usaban escudos, cotas de malla con acolchados, petos laminados y cascos, que incluían a veces láminas faciales y de nuca. Mazas, hachas, jabalinas, ballestas y lanzas completaban el arsenal.

Y luego estaba la ingeniería de asedio. Una confrontación, basada en gran medida en la posesión y defensa de puntos estratégicos, necesariamente había de incluir el desarrollo tanto de tropas especializadas para la construcción de fortificaciones como del material necesario para su asedio y captura. Las máquinas de asedio iban desde los simples arietes, mantas o manteletes y tortugas para la protección de los asaltantes, sambucas o escalas de asalto y torres móviles –y sus combinaciones, como las torres con ariete–, hasta la artillería más pesada, con numerosos tipos de máquinas balísticas catapultas, balistas, fundíbalos, magañas, trabucos o trabuquetes, etc.–. Eran capaces de arrojar sobre los defensores (y sobre los asaltantes) proyectiles muy variados, desde simples piedras hasta grandes dardos o incluso reses y caballerías muertas –a veces, hasta personas–, en un preludio de lo que sería después la guerra biológica. El temido fuego griego, cuyo uso se generalizó a pesar de los muchos esfuerzos por mantener el secreto de su composición; los caños de arambre, por los que se derramaban líquidos inflamables y que se utilizaron notablemente en la defensa de Jerusalén; flechas incendiarias y otros proyectiles flamígeros anticiparon, en más de un siglo, los horrores de la pólvora. ■

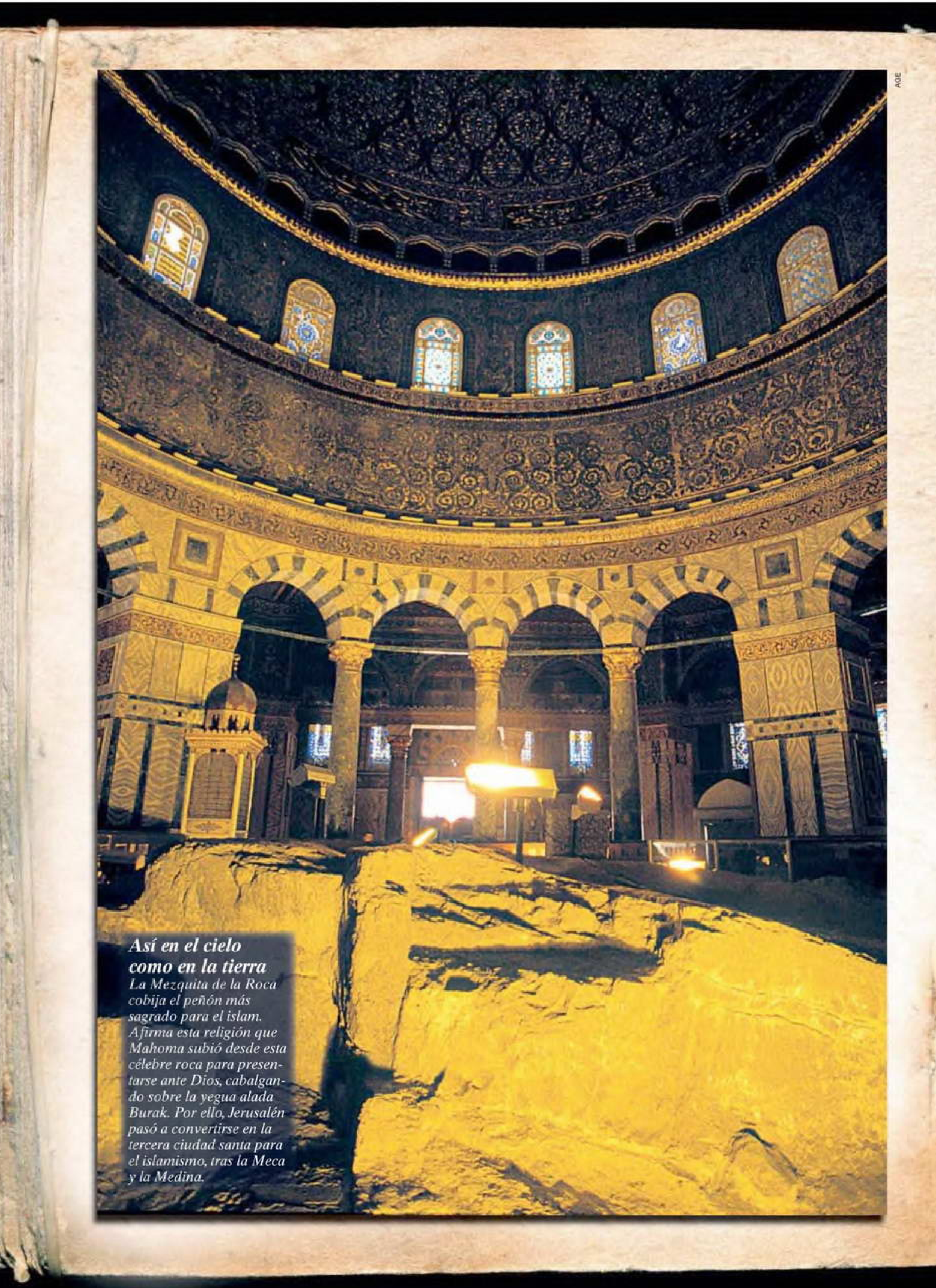


Ballestas y arcos

La ballesta, aparecida en Europa en torno al siglo IV a.C., se generalizó en el siglo XI y hasta la aparición de las armas de fuego fue la preferida en situaciones defensivas, gracias a su alcance y poder de penetración. El arco musulmán era del tipo llamado compuesto, realizado con cuerno, madera y tendones. Más flexible y de mayor potencia que el arco simple, podía ser más corto que éste y utilizarse, por tanto, con más facilidad por los arqueros a caballo.

Arietes

Una de las máquinas más apreciadas y simples de la tormentaria o "arte de la ingeniería militar" seguía siendo el ariete, una simple viga reforzada con la que se batían muros y puertas de las fortalezas. Para facilitar la acción de golpeteo, solía estar suspendida de un armazón. En muchas ocasiones, éste se hallaba protegido con paneles, pieles y otros artilugios para preservar a los hombres que lo hacían funcionar de los proyectiles y flechas de los defensores.



Así en el cielo como en la tierra
La Mezquita de la Roca cobija el peñón más sagrado para el islam. Afirma esta religión que Mahoma subió desde esta célebre roca para presentarse ante Dios, cabalgando sobre la yegua alada Burak. Por ello, Jerusalén pasó a convertirse en la tercera ciudad santa para el islamismo, tras la Meca y la Medina.

Con los ojos de Oriente

A lo largo de 200 años, musulmanes y cristianos lucharon en Tierra Santa. Sin embargo, esa dura convivencia fomentó, también, interesantes intercambios comerciales y culturales. Así, los cruzados se llevaron de Oriente un rico legado intelectual y científico.

Por **Hussein al-Majrití**

En el siglo XIII, el emperador alemán Federico II de Hohenstaufen afirmaba sin reservas que no había en todo el mundo un pueblo más feliz que el musulmán. Y debía de tener buenas razones para saberlo ya que, por entonces, era rey de Jerusalén. Lo que olvidó decir Federico es que aquel pueblo tan feliz lo hubiera sido todavía más sin él y sin los que, como él, llevaban siglo y medio alterando la seguridad y la nunca fácil convivencia de los musulmanes. O sea, sin aquellos *rumíes* y *frany* que lucían dos tiras de tela roja cosidas a la espalda en forma de cruz. Sin aquellos invasores crueles y rapaces que se creían con derecho a penetrar militarmente en nuestras tierras, matando, violando y saqueándolo todo a su paso.

Porque entonces la "guerra santa" la hacían los cristianos. Azuzados por la *yihad* proclamada por el principal de sus imames desde su aljama de Roma, los nazaríes habían emprendido una loca y salvaje carrera hacia Oriente. Los nazaríes, que seguían al profeta Jesús de Nazareth, se presentaron en las fronteras del islam en forma de hordas de fanáticos agrupadas en torno a una abigarrada multitud de banderas. Procedían de los remotos y bárbaros reinos europeos, de aquel mosaico de naciones de nombres impronunciables que llevaban siglos en permanente estado de guerra entre sí, y que ahora, para desgracia de los muslimes, se habían unido con el propósito común de acabar con el islam.

Llegaban con la voluntad de hacer suyas las tierras que pisara mil años antes su profeta, lo que ellos llamaban sus Santos Lugares. Y no les entraba en la cabeza que aquellos lugares también fueran santos para nosotros. Pronto nos hicieron comprender, sin embargo, que tal propósito no era sino un pretexto. Claro que querían conquistar Jerusalén pero, mientras tanto, no le hacían ascos a apoderarse de cuanto encontraban en su camino y a destruir lo que no podían llevarse.

Quitando casos muy contados, los invasores eran gentes simples y crueles que venían a hacer en nuestra tierra lo que de ninguna manera hubieran podido hacer en las suyas sin que los colgasen del primer árbol. La inmensa mayoría eran analfabetos, lo que dice poco de un pueblo que, lo mismo que el nuestro, sustenta su fe en las páginas de un libro. La música de ►



AKG

Salah-al-Din
Sultán de Siria (en cuya capital, Damasco, se encuentra esta escultura que le representa), Saladino lideró las victorias más contundentes contra los cruzados.


ÁLBUM

Fortaleza otomana en el campo de batalla
Los turcos fueron grandes guerreros (en la imagen, "Batalla turca", del pintor veneciano Tintoretto, 1518-1594) y ayudaron a los califas de Bagdad.

aquellos invasores era lúgubre; su poesía, primitiva; su técnica, atrasada; su ciencia y su filosofía, inexistente. La medicina que practicaban, pura superstición. El cálculo, la astronomía, y la geometría eran arcanos indescifrables para ellos. Tan incapaces parecían de la menor abstracción que incluso necesitaban ídolos para tener presente a su Dios y a su Profeta, al cual, por cierto, llamaban hijo de Dios. Mientras nuestra civilización vivía momentos de máximo esplendor, ellos se encontraban sumidos en la época más ciega e irracional de su historia, hasta el punto de que sus príncipes se vanagloriaban de su propia ignorancia y menospreciaban como cosas de esclavos y mujeres todas aquellas actividades intelectuales que son, en realidad, las que enaltecen a los hombres.

Siendo así, parece asombroso que fueran capaces de mantener en jaque al islam durante tanto tiempo. Pero es que la fuerza de aquellos invasores residía, precisamente, en su cínica rudeza, su falta de escrúpulos y su inagotable sed de conquista. Hacían gala de un valor suicida mientras que nosotros veíamos en peligro libertad, familia y hacienda, ellos no tenían nada que perder, como no fuese la vida. Y lo mismo que a nosotros, también sus hombres santos les prometían el Paraíso si llegaban a morir por el símbolo de su fe.

El sultán Hakim obligó a los cristianos a llevar una campanilla en el cuello

No sería justo olvidar, sin embargo, que en las tierras islámicas habían ocurrido hechos muy graves que alentaron el odio de los cristianos. En Egipto, el fatimí Hakim radicalizó la ley coránica brutalmente. Llegó a prohibir la presencia de las mujeres en la calle e, incluso, decretó pena de muerte para quien se atreviera a fabricar zapatos femeninos. Luego la tomó con los judíos y los cristianos. Les impidió practicar sus costumbres y castigó a los musulmanes que tuvieran trato o siquiera contacto con ellos. Los numerosos cristianos de Egipto se vieron obligados a llevar una campanilla al cuello. El siguiente paso de Hakim consistió en desatar una furiosa campaña contra sus bienes y templos, campaña que llegó al extremo de destruir el Santo Sepulcro de Jesús; deberíamos meditar sobre lo que hubiéramos hecho nosotros si un príncipe infiel hubiera arrasado la Meca. Pues bien, paradójicamente, fue la llegada de los invasores cristianos, irritados por aquel desafuero, lo que permitió a la dinastía de Hakim disfrutar de una prórroga de setenta años antes de sucumbir definitivamente al embate de los turcos selyúcidas.

Los turcos habían empezado a llegar desde Asia central varias generaciones atrás. Su hogar nativo eran las estepas infinitas, sembradas de rudos pueblos nómadas, maestros en la equitación y el uso del arco. La expansión de este pueblo hacia Occidente coincidió con la del islam hacia Oriente, de modo que ambas naciones fueron a encontrarse en el borde oriental de Irán. Después de algunos choques fronterizos, los turcos hallaron la forma de proseguir su marcha: se convirtieron al islam y penetraron en el imperio tan suavemente como un cuchillo caliente en la manteca. Resultaban magníficos como mercenarios, de modo que los califas de Bagdad se rodearon de pretorianos y generales turcos, que al poco tiempo los

Los príncipes europeos se enorgullecían de su incultura y consideraban cualquier actividad intelectual como algo propio de mujeres y esclavos

convirtieron en sus marionetas. Los turcos selyúcidas ya se habían apoderado de Bagdad cuarenta años antes de que los cruzados pisasen tierras mahometanas.

Los primeros invasores cristianos que alcanzaron nuestras fronteras eran *frany*, y venían al mando de un exaltado llamado Pedro el Ermitaño. Entre sus desordenadas filas había miles de mujeres y niños, y abundaban los mendigos, ganapanes, bandidos y fanáticos. Junto a ellos, marchaban unos cuantos caballeros revestidos de armadura y rodeados por sus mesnadas.

Los seguidores de Pedro el Ermitaño dejaban un rastro de desolación

A lo largo de su tránsito por tierras cristianas habían dejado tal rastro de desolación que, al aproximarse a los núcleos poblados, los aldeanos abandonaban sus míseras pertenencias y huían aterrados a esconderse en bosques y montañas. Se convirtieron en un río de lava incontenible que lo arrasaba todo a su paso, sin respetar siquiera los templos y los ministros de aquella misma fe cuyo símbolo traían a la espalda. Millares de ellos murieron de hambre, sed, enfermedad y consunción a lo largo del camino. Cuando alcanzaron las fronteras de sus hermanos *rumíes*, que ellos llamaban bizantinos, éstos últimos hicieron todo lo posible para abreviar la estancia de aquellas temibles hordas en sus tierras. Los concentraron en un gran campamento hasta que las campiñas circundantes quedaron esquilmadas por completo y no hallaron nada que llevarse a la boca. Entonces, el hambre los empujó hacia el sur, a tierras musulmanas, donde los esperaba el ejército del joven sultán turco Kili Arslan, que los exterminó o los hizo esclavos. Sólo un par de miles consiguieron refugiarse en una fortaleza costera de donde vino a sacarlos la flota *rumí* de Bizancio. Entre los supervivientes estaba el exaltado que había marchado a su frente, el tal ermitaño Pedro.





COVER

AGE

Presencia musulmana en el arte

El arte europeo ha sentido la fascinación oriental: derecha, grabado de Gustavo Doré, y arriba, el sultán Boudouar en las Cantigas de Santa María de Alfonso X el Sabio.

Aquella había sido una gran victoria, pero la partida de ajedrez no había hecho más que empezar. Aunque parezca absurdo, en las frías y lejanas cortes europeas sintieron como una provocación el hecho de que nos hubiéramos defendido de su injustificado ataque, y no tardaron en volver. Pero esta vez lo hicieron de otra forma. Ahora venían mejor organizados militarmente y dirigidos por auténticos maestros de la guerra, curtidos en las feroces batallas que constantemente se empeñaban entre sus estados. En algo, sin embargo, no habían cambiado: su nivel de crueldad no se había rebajado un ápice. Cuando al fin rompieron las puertas de Jerusalén, batieron todas las medidas de la inhumanidad. Literalmente, se bañaron en la sangre de los ciudadanos sin distinguir cuellos de ancianos, mujeres y niños. Sus propios cronistas se escandalizaron de las monstruosidades que se vieron obligados a presenciar, incluida entre ellas el canibalismo. Un peculiar modo de entrar en la ciudad de su Profeta, sobre todo cuando los valores que decían haber recibido de él eran la caridad y el amor al prójimo.

La fragmentación entre los pueblos musulmanes benefició a los cruzados

Aquel furor sin freno no era propio de seres humanos, sino de fieras. La confusión y el miedo se instalaron entre nosotros. En Siria, donde la desunión política y religiosa de los muslimes era proverbial, ▶



AGE



ACI

La herencia cultural y científica de Oriente

Durante más de doscientos años, los reinos cristianos estuvieron en contacto con los musulmanes y asimilaron parte de su cultura, especialmente en lo que se refiere a la medicina (arriba, un médico sangra a un paciente) y la química, con la utilización de la pólvora (derecha, ataque con explosivos a un fuerte franco).

El ejército musulmán utilizó armas químicas, como el fuego griego o las jeringas de ácido sulfúrico, y empleó la pólvora, que impresionó a los cruzados



COVER

AGE

Tomar apuntes del enemigo
El mundo del islam importó de la cultura china avances innovadores como la brújula (izquierda) o el astrolabio (arriba), y los cruzados los introdujeron en Europa.

algunos de sus fragmentados reinos aprovecharon para establecer alianzas con los invasores, en detrimento de sus seculares enemigos. El escándalo recorrió todo el islam: ¡musulmanes que se veían obligados por otros musulmanes a pagar tributo a los invasores cristianos en tierras islámicas! Se cuenta que un emir recibió, en pleno Ramadán, a una numerosa embajada de varios reinos sirios, quienes le encontraron atracándose de comida a mediodía. Ante ese proceder impío, algunos embajadores manifestaron repugnancia. Entonces, el emir se dirigió airadamente a ellos diciendo: "¡Cómo! ¿Os escandalizáis por esta pequeñez y no lo hacéis por las atrocidades que están cometiendo esos *frany* con vuestros propios hermanos?".

Durante muchos años, los cruzados fueron apoderándose de nuestras ciudades y puertos. Sus métodos en la guerra no eran muy sutiles, pero resultaban eficaces. Empleamos contra ellos nuestra superior tecnología militar que incluía complicadas máquinas de guerra, ballestas-ametralladoras capaces de lanzar a la vez una miríada de flechas, y hasta armas químicas como el fuego griego o aquellas grandes jeringas que lanzaban chorros de ácido sulfúrico contra las masas de infantería. Les hicimos, incluso, conocer por primera vez los efectos de la pólvora que, según dicen, aterrorizaron de tal modo a aquel rey *frany* llamado Luis (al que luego hicieron santo) que se tiró al suelo creyendo que las bombas que les arrojábamos eran estrellas que caían del cielo. Pero, a pesar de todo, no hubo manera de expulsarlos. Se agarraban a cada pedazo de tierra conquistada y construían fortalezas o aprovechaban las que tomaban: eran sus tenebrosos kraks –algunos de los cuales continúan en pie hoy día– desde donde salían a hacer sus razias.

No en todas partes nuestra relación era igual con ellos ya que la guerra es contacto, y del contacto surgen otras cosas, además de la violencia. Por ejemplo, el comercio. Los puertos que cayeron en su poder se convirtieron en ventanas comerciales hacia el lejano occidente. Las mercancías que llegaban a través de la Ruta de la Seda desde Irán o China se encontraban con las genovesas o las francesas en los puertos que los cruzados nos habían arrebatado. Esto creó intereses comunes, y una corriente más permisiva en el trato. Pero las diferencias de fondo persistían. Y el odio al intruso, también.

Tuvo que ser Salah-al-Din (a quien ellos llamaron Saladino) el que pusiera a los *frany* en su sitio. Este kurdo había sido enviado por el emir de Alepo, Nur-al-Din, a Egipto, donde habían penetrado desvergonzadamente las hordas cristianas. Empezó por ponerse al frente del Estado, tras derrocar a la dinastía ismailí (chiíta) que mandaba en Egipto, lo que significó una gran conmoción ya que, con ello, el país del Nilo volvía al bando sunnita. Aún fue más lejos: derrocó también a los sirios que le habían enviado a la tierra faraónica y unificó bajo su mando (y el de su familia, los ayyubíes) las tierras de Siria y Egipto. Luego, reunió un ejército colosal y marchó contra los *frany*, que ya andaban por su tercera Cruzada.

Saladino demostró nobleza y caballerosidad con los francos

Salah-al-Din poseía una personalidad al margen de lo común. Contra lo que pueda parecer, no era ambicioso, sino que su existencia estuvo señalada por la *baraka*. Despreciaba las riquezas diciendo que, para él, valía tanto el oro como la arena. Existen innumerables anécdotas que demuestran la sensibilidad de su corazón. Pero también eran proverbiales su buen juicio y su prudencia. Sacó gran provecho de las discordias internas de los *frany*, utilizando a veces la astucia, a veces la amenaza y a veces la fuerza. Pero, sobre todo, los deslumbró por su sentido de la caballerosidad. El islam tuvo sus *fityan* (caballeros) y su *futtuwa* (orden de caballería) muchos años antes que los *frany*, y Salah-al-Din se lo demostró cumplidamente a aquellos invasores. Sobre todo, cuando recuperó Jerusalén el año 583 (1187 por el cómputo cristiano). Del mismo modo que las atrocidades de sus correligionarios habían escandalizado a los cronistas cristianos que acompañaban



ACI

Rentabilizar los enfrentamientos
Las Cruzadas fomentaron los intercambios comerciales en Oriente, como quedó recogido en este "Libro de las Maravillas", de Marco Polo.


COVER

La séptima cruzada
En el año 1249, el rey de Francia, Luis IX tomó la ciudad egipcia de Damieta (izda., en un códice del siglo XV) con la intención de cambiarla posteriormente por Jerusalén. El irónico final de la historia narra cómo el monarca galo fue capturado en su periplo por Egipto y el pago por obtener su libertad fue la devolución de Damieta.

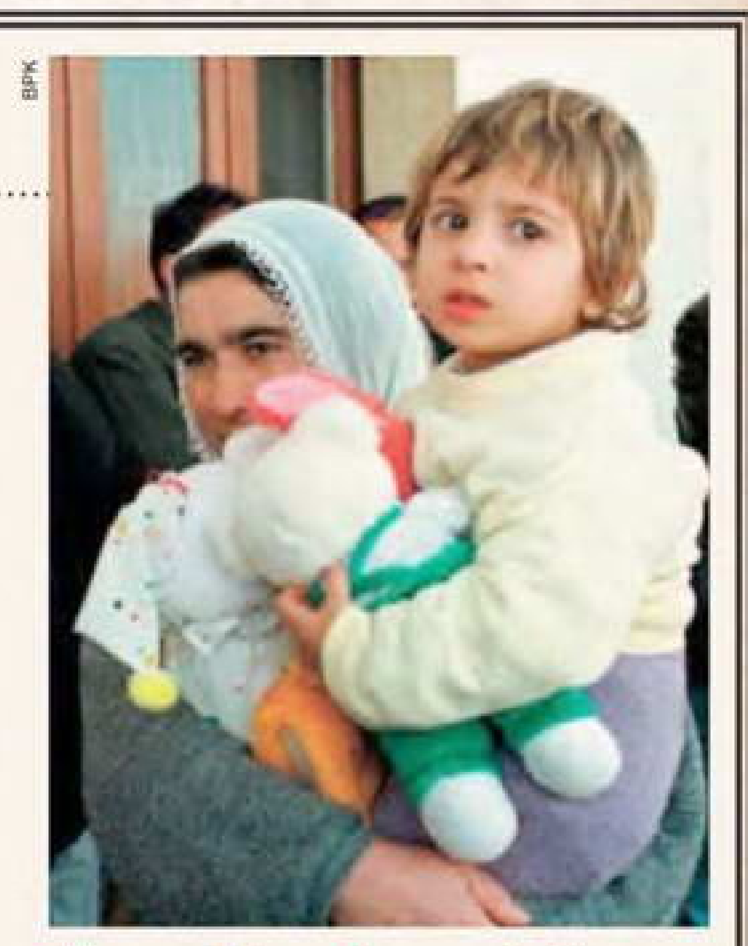
a los cruzados cuando tomaron la ciudad, los cronistas árabes se escandalizaron de la extremada generosidad de Salah-al-Din cuando la recuperó. Vidas y haciendas fueron respetadas, así como los lugares santos de los cristianos. Miles de hombres quedaron libres sin rescate, entre ellos padres de familia prisioneros. Entregó donativos a las viudas y los huérfanos, y hasta permitió que el Patriarca cristiano se llevase sus tesoros en un carro enorme ante la mirada atónita de los soldados. A partir de entonces, la arrogancia *frany* se vino al suelo. Una tras otra, continuaron armando expediciones contra nosotros, aunque ya nunca fue lo mismo. Los cruzados conservaron algunas ciudades costeras donde tanto cristianos como muslimes hacían buenos negocios, hasta que, al final, un sultán mameluco llamado Jalil tomó Acre, el último reducto *frany*. Si hubiera que hacer un balance de aquellos dos siglos sangrientos, sin duda sería favorable para los invasores cristianos. No por lo que hicieron en nuestras tierras, sino por lo que se llevaron de ellas. Además de incontables riquezas, embarcaron en sus navíos cosas tan útiles y desconocidas para ellos como el papel, la brújula, el astrolabio o la pólvora, que nosotros habíamos traído desde China. Gracias a nuestras traducciones, recuperaron la vieja filosofía griega y, leyendo nuestros tratados de matemáticas y astronomía, abrieron los ojos sus escasos sabios. La prueba es que aún siguen manejando esas ciencias con palabras árabes, como *cifra*, *álgebra*, *algoritmo* o *cénit*, y que gran número de estrellas sean conocidas por sus nombres en árabe.

También en nuestros textos aprendieron medicina, óptica y química (otra palabra nuestra), hasta el punto de que no había en la cristiandad un hombre que presumiera de culto que no leyese con fluidez el árabe. En parte, podría decirse que sus universidades nacieron como centros en los que discutir los conocimientos que se habían traído de Oriente. Además, les enseñamos a fabricar azúcar de caña, tejidos de seda y de algodón, perfumes, colorantes, relojes mecánicos y un sinnúmero de otras cosas. El resumen de todo esto nos lleva a que a los *frany* les resultaron rentables sus cruzadas. En cambio, a nosotros, aunque nos esforcemos en recordar, no nos dejaron otra cosa que muerte y destrucción. ■

Saladino y los kurdos

ALBUM

La primera vez que los europeos se pusieron en contacto con los kurdos fue en el frente de batalla. Ya entonces les llamó la atención su aspecto: gentes de tez clara, muchos de ellos rubios y con los ojos azules. A finales del siglo XIX, los primeros antropólogos que visitaron el Kurdistán, volvieron a renovar su asombro. Uno de ellos escribió un artículo en The Times afirmando que si pudiera colocar a un niño kurdo vestido a la inglesa en el centro del patio de un colegio británico, nadie lo reconocería como extranjero. Los guerreros kurdos que conocieron los cruzados eran magníficos combatientes y duros como la roca. Pero la circunstacia de ser nómadas y estar fragmentados en incontables tribus hacía imposible su unidad como pueblo. Saladino, que era kurdo, intentó unirlos y darles un Estado. A pesar de los esfuerzos del sultán, los enconos y las viejas rencillas entre las tribus lo hicieron imposible. Muchos siglos después, apenas terminada la primera guerra mundial, el hundimiento del imperio otomano les dio la segunda oportunidad de definirse como Estado independiente. Tampoco esta vez lo consiguieron. Hoy continúan viviendo en un territorio dividido entre cinco naciones diferentes y, a juzgar por los todos los indicios, no parece que esta situación vaya a resolverse con facilidad. ¿Lo será alguna vez en el futuro? *Allahu aalam*: Sólo Dios lo sabe.


BPK

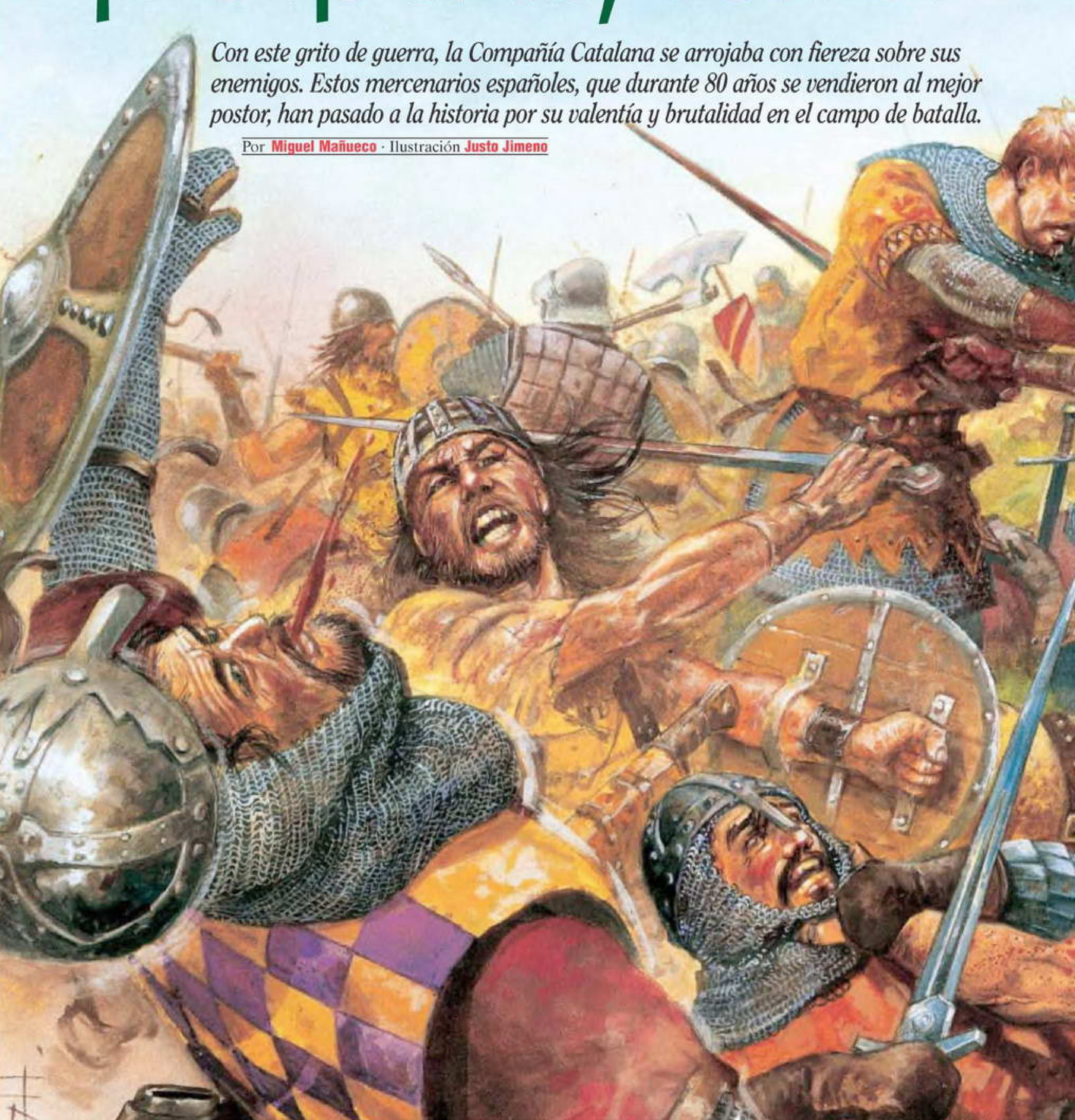
Un pueblo en busca de tierra
Los kurdos (izquierda, con vestimenta tradicional) se han convertido en la nación más grande del mundo sin una patria reconocida (arriba, refugiados en Italia) y están asentados en seis países.

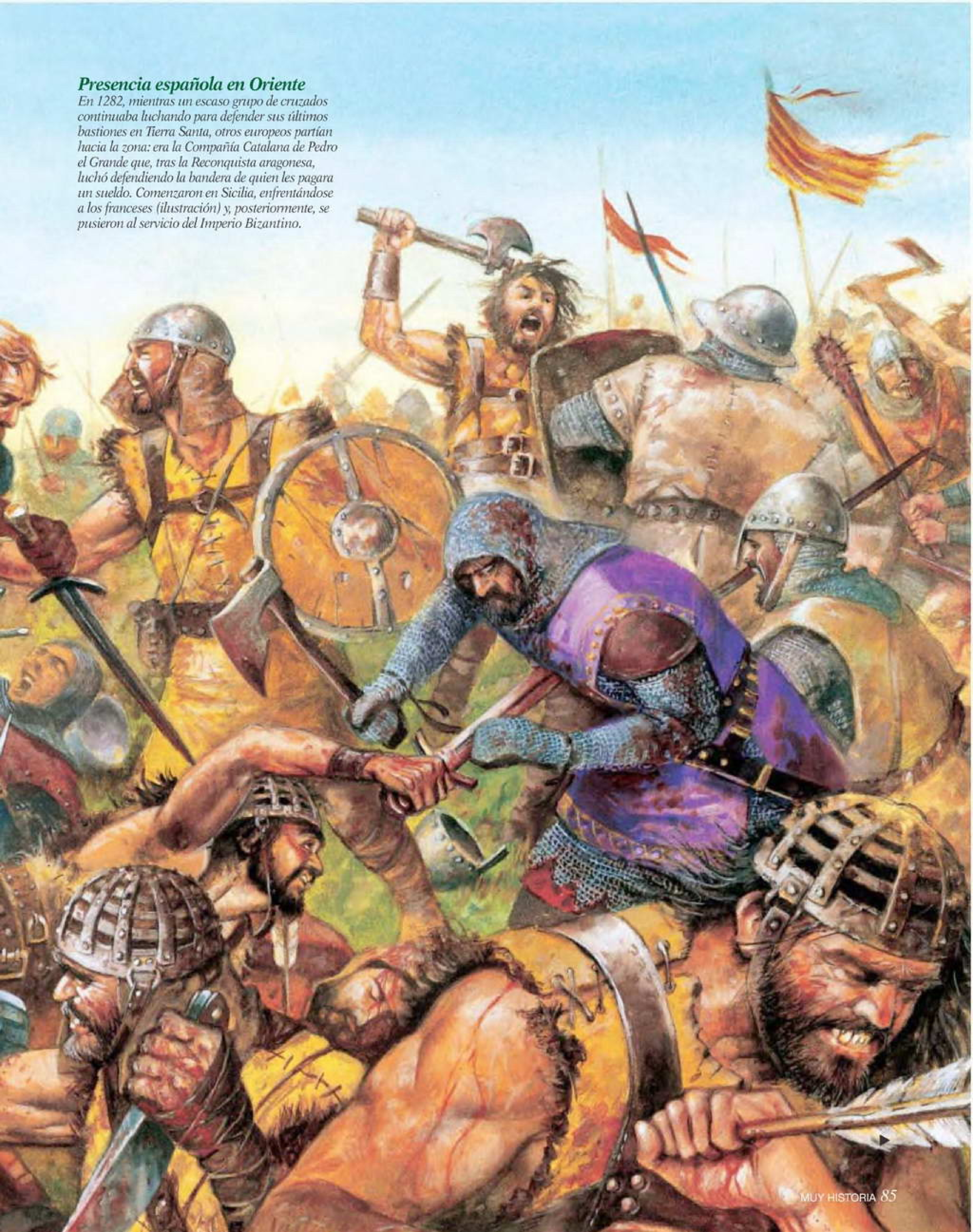
ALMOGÁVARES, EL AZOTE DE BIZANCIO

¡Desperta, ferro!

Con este grito de guerra, la Compañía Catalana se arrojaba con fiereza sobre sus enemigos. Estos mercenarios españoles, que durante 80 años se vendieron al mejor postor, han pasado a la historia por su valentía y brutalidad en el campo de batalla.

Por **Miguel Mañueco** · Ilustración **Justo Jimeno**





Presencia española en Oriente

En 1282, mientras un escaso grupo de cruzados continuaba luchando para defender sus últimos bastiones en Tierra Santa, otros europeos partían hacia la zona: era la Compañía Catalana de Pedro el Grande que, tras la Reconquista aragonesa, luchó defendiendo la bandera de quien les pagara un sueldo. Comenzaron en Sicilia, enfrentándose a los franceses (ilustración) y, posteriormente, se pusieron al servicio del Imperio Bizantino.

Los catalanes luchaban mejor a ras de suelo: se deslizaban bajo los caballos, los destripaban y el enemigo caía aterrorizado en sus manos

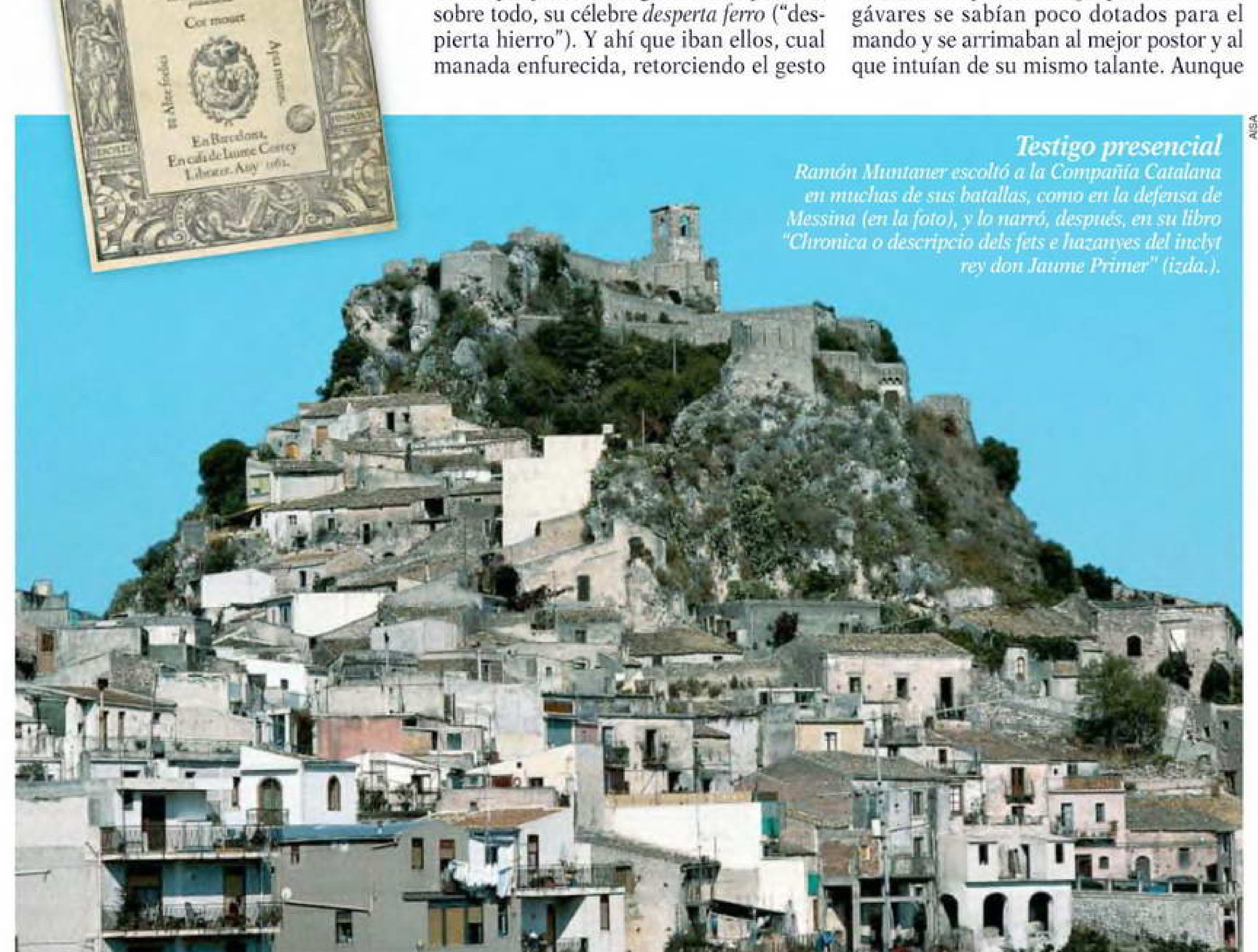
¿Quiénes son esos pordioseros? ¿A qué gentuza hemos contratado?". Frases parecidas poblarían los susurros de los aristócratas bizantinos que, desde las engalanadas gradas del hipódromo, observaban el desfile de los almogávares. A pesar de vivir el tiempo de definitiva decadencia, la capital del Imperio Bizantino seguía fiel a su ritual de lujo y suntuosidad, acaso más exacerbado ante la flaqueza. A finales del año 1302, una Constantinopla todavía entera y esplendorosa, aún vibrante y vital en torno a la majestuosa basílica de Santa Sofía –que aún no tenía los cuatro minaretes musulmanes– recibía jubilosa a la Compañía Catalana, contratada para frenar el avance turco que ya se cernía sobre la ciudad. ¿Quiénes eran esos hombres desarrapados que acudían a salvar al sagrado imperio de Oriente? Los grupos, e incluso ejércitos mercenarios, eran un fenómeno habitual en la Edad Media. En aquel tiempo, nacer plebeyo no era precisamente un don de la existencia: hambruna, tiranía de los señores y pestes hacían que muchos hombres optasen por ser guerreros a sueldo y así, aunque siempre cerca de la muerte, tener días y semanas de puro y desenfrenado disfrute. Los almogávares eran un grupo más de los tantos que se habían forjado durante la reconquista ibérica; eran originarios de los Pirineos orientales y estaban al servicio de la corona de Aragón. Seguramente fueron los árabes quienes los bautizaron, pues parece bastante probable que la palabra almogávar provenga del árabe *al-mugawar*, "el que hace algaras o correrías".

Y si se ganaron nombre propio fue porque ellos fueron siempre muy suyos. Como montañeses que eran, vestían zamarra de piel, calzas de cuero, una redecilla de hierro o cuero por gorro y abarcas como calzado. El fiero look se aliñaba con la parafernalia en la lucha, a costa de golpear las armas contra las piedras hasta ser envueltos en una nube de chispas y a costa de gritar como posesos, sobre todo, su célebre *desperta ferro* ("despierta hierro"). Y ahí que iban ellos, cual manada enfurecida, retorciendo el gesto de rabia incontenida, y a atacar. Solamente atacar, porque entre sus guerreras sienes no cabía la idea de defenderse. Y así sus armas eran ligeras y efectivas: una azcona (lanza corta arrojadiza), varios dardos y el colirtrell (fuerte cuchillo de buen filo). Lo suyo era el cuerpo a cuerpo y no las fortificaciones.

Eran luchadores aguerridos, pero no estaban dotados para el mando

A ras de suelo se crecían. Por eso, se deslizaban debajo de los caballos enemigos y los destripaban, y entonces el bien uniformado enemigo, por lo general envuelto en pesadas armaduras, era presa fácil. Su estrategia básica era causar el pánico en la filas enemigas y, una vez desatado, aquello se convertía en una frenética carnicería, en la que "no se levantaba una mano para herir que no diese en carne", como dice Ramón Muntaner, el caballero que se tomó la molestia de escribir la tremenda y desmesurada aventura que vivió con ellos. Como el señor Muntaner, había otros muchos, caballeros de a caballo y buen linaje, pues los almogávares se sabían poco dotados para el mando y se arrimaban al mejor postor y al que intuían de su mismo talante. Aunque

AISA



AISA

Testigo presencial
Ramón Muntaner escoltó a la Compañía Catalana en muchas de sus batallas, como en la defensa de Messina (en la foto), y lo narró, después, en su libro "Chronica o descripcio dels fets e hazanyes del inclyt rey don Jaume Primer" (izda.).



Interés por la historia almogávar

Al pintor Mariano Fortuny (1838-1874) le interesaban estos mercenarios y realizó varios cuadros sobre ellos (izda. "Escena de almogávares II").

no por ello renunciaban a su democracia castrense, de cuyas elecciones salían los almocadenes, que eran algo así como sargentos y que, según Muntaner, eran "la flor del mundo", y los adalides o capitanes, en contacto directo con los caballeros. Por muy lejana que fuese la contienda, llevaban consigo a sus mujeres, tan duras como ellos, y a sus hijos, que diríase que nacían ya siendo almogávares.

Terminada la reconquista aragonesa, ¿qué podían hacer todas estas gentes que sólo sabían vivir de la guerra? Pedro el Grande de Aragón enseguida les encontró ocupación: Sicilia estaba siendo hostigada por los franceses de Carlos de Anjou, que en ese momento, marzo de 1282, sitiaba la ciudad de Messina. Por la noche, se colaron los 2.000 almogávares dentro de las murallas y los habitantes quedaron espantados. Pero cuál no sería su sorpresa al verlos, a la mañana siguiente, salir fuera con ese estruendo y esa potencia, y asestar tan duros golpes a los sitiadores que, al numeroso y bien pertrechado ejército galo, no le quedó otra que huir. La brillante hazaña se remató poco después con la destrucción, ya en el continente, del campamento franco de La Catona. A la muerte de Pedro el Grande, la amenaza de desempleo llega otra vez: su hijo Jaime II renuncia a Sicilia y ordena a catalanes y aragoneses que la abandonen. ¿Perder tan buenas *expectativas profesionales*? Nunca. ¿Otro rey? Pues sea: don Fadrique, tercer hijo de Pedro. De nuevo las correrías y las batall as contra los franceses, siempre como bestias poseídas, siempre triunfales, hasta el año 1302, en que un nuevo pacto les deja sin destino: a Aragón no pueden volver porque han desobedecido al rey y don Fadrique carece de fondos para mantenerlos. Las bravas huestes que, según Francisco de Moncada –noble valenciano del siglo XVII a quien se debe uno de las más prestigios ensayos sobre los almogávares–, "juzgaron por cosa imposible vivir con moderación", hallaron en Roger de Flor la solución. Este caballero, de denso pasado del que huía y con quien habían tenido muy buena *química* desde que se conocieron, cerró unas buenas negociaciones con el emperador de Bizancio, Andrónico II Paleólogo, que precisaba ayuda urgente contra los turcos. De Messina zarparon las ocho naves que transportarían a Constantinopla a 4.000 almogávares, 1.500 hombres de a caballo, 1.000 marineros y las familias de todos aquellos que las quisieron llevar consigo. Superado el primer estupor de la corte bizantina ante los antiestéticos guerreros, Andrónico cumplió lo pactado: les adelantó cuatro de las altas pagas acordadas y, con la pompa y el boato acostumbrados en la capital imperial, se celebraron el nombramiento de Roger de Flor como megaduque y su boda con la princesa María, de 16 años, hija del khan de los búlgaros y de Irene, hermana de Andrónico. Pronto sabrían los bizantinos cómo se las gastaban sus contratados.

Roger de Flor se granjeó la enemistad del príncipe Miguel

Vivían por entonces en la ciudad muchos genoveses, soldados y mercaderes, que le sacaban buen partido a la debilidad del imperio. Dos de ellos, refinadamente ataviados, como era su costumbre, cometieron el desliz de mofarse de las pintas de un solitario almogávar. Ahí es nada. Las cosas se enredan, los orgullosos mercenarios se enfadan y se lían a matar genoveses; tantos como 3.000, y pudieran haber sido más si Roger no los para a tiempo. Andrónico,



A las puertas de Constantinopla

Un siglo después de que los cruzados entraran en Constantinopla (derecha, plasmado por el francés Delacroix, 1798-1863), los almogávares acudieron a la capital bizantina para ayudar al emperador Andrónico II a frenar el envite del ejército turco.

▶

Intensa vida la de Roger de Flor

De casta le venía a Roger la propensión a la aventura. Había nacido en Brindisi y su padre, un halconero alemán al servicio de Federico II Hohestaufen, había muerto enfrentándose a los franceses. De él había heredado el espíritu guerrero y el apellido Blume, que los propios almogávares catalanizaron con su traducción del alemán, y así resultó su sonoro nombre. Merodeando a los ocho años por el puerto de la ciudad italiana con su viuda y empobrecida madre, su curiosidad atrajo la atención del hermano templario Vassall, que lo tomó bajo su tutela y allí mismo lo embarcó. Temprano aprendizaje del oficio de marinero y guerrero que el joven Roger supo aprovechar bien mientras aprendía latín y griego y conocía en profundidad casi todo el Mediterráneo. Con los años, la orden del Temple, muy poderosa y rica en esos momentos, lo admitiría en la Regla, siendo nombrado hermano sargento al mando de una gran nave llamada precisamente "Halcón". Su carrera prometía ser gloriosa, pero se torció tras la pérdida de San Juan de Acre, cuando fue acusado por los propios templarios de hacerse con los tesoros que, en la huída, se llevaban las mujeres cristianas de buenas familias. Entonces tuvo que refugiarse en Génova, donde, con dinero prestado, compró una galera y se puso al servicio del rey de Nápoles. Allí entraría en contacto con Berenguer de Entenza y los almogávares, dando así comienzo la historia que, de no haber sido asesinado tan pronto, él hubiese sabido seguramente encauzar mejor.

AGE



"Roger de Flor en Constantinopla", pintado por José Moreno Carbonero.

que había presenciado los desmanes desde las ventanas de su palacio de Blanquernas, instó al megaduque a que alejase cuanto antes a sus malhumorados muchachos. En noviembre de 1302 cruzaron el mar de Mármara y no tardaron en acabar con el mismo campamento turco que, tiempo atrás, el príncipe heredero Miguel no se había atrevido a atacar a pesar de encabezar un numeroso ejército. La buena nueva causó el resentimiento de Miguel y el júbilo de la población, aunque con reservas.

En 1303, comenzó la campaña almogávar para liberar Filadelfia

Los victoriosos defensores eran demasiado salvajes, y lo sabían bien los habitantes de Cízico, donde invernaron, que se quejaron de sus constantes tropelías sin que Roger de Flor hiciera mucho caso. Tal *terapia de apoyo* tampoco fue bien vista por uno de los caballeros más destacados, Ferrán Jiménez de Arenós, quien, con otros 80 de a caballo que lo quisieron seguir, se dio de baja en la Compañía y pasó a servicio del duque de Atenas. Ahí no queda la cosa. Con ellos iba una tropa de alanos, que también se contrataban de mercenarios para el imperio, y vuelta a lo mismo: incidente, enfado y 300 alanos que caen degollados. El jefe Georgios apartó a los suyos de esos feroces compañeros de batalla, aunque unos mil decidieron quedarse. Pero no pasaba nada, gajes del oficio, y en mayo de 1303 da comienzo, sin más pesares, la nueva campaña. Esta vez tocaba liberar la ciudad de Filadelfia, actual Alasehir, que estaba siendo sitiada por el emir turco de Karamania, Ali Schir. El ejército otomano, de 8.000 caballos y 12.000 infantes, no daba crédito ante la furia que se les vino encima, portando los estandartes del rey de Aragón y de don Fadrique y que acabaron con casi todos ellos. Y tan campantes los de la Compañía, con tan sólo 180 bajas. La victoria y la matanza se repiten en Tiria, y a descansar, que es invierno. Recuperados y con 1.200 hombres más, traídos por Bernat de Rocafort cuando se unió a la tropa en Éfeso, se internan el siguiente año en Anatolia. En el desfiladero de Puertas de Hierro les esperaba el mayor ejército con el que jamás se habían enfrentado: 8.000 almogávares contra 20.000 infantes y 10.000 caballos. Y nada de arredrarse. Antes del combate se les ve incluso felicitarse entre ellos por estar presentes en tan gloriosa ocasión. Muy animados, además, porque era el día de la Virgen de Agosto, y antes de combatir y masacrar no faltaba nunca un buen rato de oración, todos muy serios y circunspectos. "Qué os diré", tal y como Muntaner repite constantemente en su relato: 18.000 turcos muertos cubrían el campo de batalla al día siguiente, en una escena seguramente apocalíptica. Imposible no llevarse las manos a la cabeza ante la magnitud e inverosimilitud de tales cifras. Sin duda, duras debieron ser las derrotas para los turcos, pues a partir de este momento no volverían a hostigar a los almogávares. Ebrios de éxito y de alcohol, jugueteando con los tesoros del inmenso botín, pueden llegar a todo, quieren llegar a todo. El Éufrates y el Tigris no quedan tan lejos, y seguro que ellos harían mejor papel que los cruzados que habían tratado de hacese con la zona durante los anteriores doscientos años. Sin embargo, la mente pragmática de Roger de Flor no lo vio claro y decidió volver a la costa europea y retirarse a Gallípoli en el otoño de 1304, donde se les une Berenguer de Entenza, recién llegado de Sicilia y

COVER



Testigos de la furia catalana

En la península turca de Gallípoli (derecha), los hombres de Roger de Flor descansaron y se reagruparon con Berenguer de Entenza. Sin embargo, tras la traición del príncipe Miguel, declararon la guerra al Imperio Bizantino y arrasaron ciudades enteras como Heraclea (al lado, vestigios de un templo de esta localidad macedónica).

La virulencia de la Compañía Catalana era tal que dejaron a 10.000 bizantinos muertos en el campo de batalla y de ellos sólo cayeron tres hombres

amigo muy querido del megaduque: tanto que le otorgará este título, pasando él a ser césar, el cargo más importante después del de emperador. Estaban encantados nobles y plebeyos bizantinos con los turcos tan lejos, pero también horrorizados de tener a estas *bestias* merodeando por su imperio. Y más que nadie el príncipe heredero Miguel, que no tardaría en urdir una trampa a Roger de Flor cuando éste va a visitarle a Adrianópolis. Allí, tras un banquete, serán Georgios y sus alanos los que se encarguen de matar al nuevo césar y a la mayoría de los 1.300 hombres que habían acudido con él.

Los catalanes declararon la guerra a todo el Imperio Bizantino

A partir de esta traición, los hechos se desbaratan y adquirirán dimensiones demenciales, incluso para el siglo XIV. "Que no te alcance la venganza catalana", se dijo por aquellos pagos durante siglos. Bajo el mando de Entenza, los 3.500 almogávares que quedan en Gallípoli, más *chulos* que nunca, declaran la guerra a todo el imperio, incluidos genoveses y venecianos en él presentes. Y lo hacen saber a la corte formalmente, a través de unos embajadores que, cuando regresaban junto a comerciantes catalanes que se habían visto obligados a abandonar Constantinopla, fueron linchados y descuartizados por los habitantes de Rodosto. Y ahí que va, encantado de la vida, el príncipe Miguel con un ejército de 30.000 hombres a sitiarles en la estrecha península de Gallípoli. No le esperan sentados los de la Compañía, pues aprovechan el tiempo para tomar la ciudad de Heraclea, donde son fulminados todos los hombres, mujeres y niños. Con más saña aún se vengaron de Rodosto, donde ni los animales se salvaron, y de los alanos de Georgios, a los que persiguieron y aniquilaron cuando se retiraban a su territorio. El mismo Muntaner se hace cargo de la fortificación mientras sus compañeros se *entretienen* en estas correrías, y en alguna ocasión se vio forzado a defenderla con las mujeres de los almogávares, que fuerza no les faltaba para emular a sus maridos.

En un exceso de confianza, Berenguer de Entenza es apresado por los genoveses. Pero no hay tiempo que perder. Le sustituye Rocafort que, el 7 de junio de 1305, decide salir y plantar cara a los 30.000 sitiadores. Ahora no era la furia del orgullo; comprendían que la situación era extrema y salieron a luchar con la fuerza de la desesperación, empuñando la muerte como arma última. Bueno, pues la fórmula también fue efectiva: 10.000 bajas entre los bizantinos y de ellos sólo tres. "Qué os diré", señor Muntaner, en verdad cuesta creerlo...

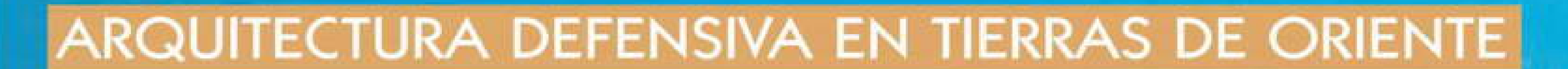
A ellos se unen gentes diversas, incluso turcos y así, todos juntos y en armonía, se dedican a saquear sin descanso que, según Muntaner, estaban "ricos y sobrados". Tanto que esquilmaron toda la Tracia y se vieron forzados a dirigirse a Macedonia. Allí se encaminaron en dos grupos, uno mandado por Rocafort y el otro por Entenza –recién liberado por los genoveses– y por Serós, que no tardarían en batallar entre sí, pues, aunque estuvieran enfrentados a todo un imperio, les sobraban agallas para enfadarse entre ellos. Y los ánimos estaban muy encendidos debido a la rivalidad entre Rocafort y Entenza, que intentó detener la desdichada batalla y allí mismo cayó muerto. En la gran ciudad de Salónica sufren la primera derrota seria y tienen que pasar de largo, sin que las intrigas de Rocafort, a quien se le había metido en la cabeza proclamarse rey de Grecia, cesaran. Teobaldo de Cepoy, delegado del francés Carlos de Valois, se mete de por medio y, al fin, Rocafort y su hermano Gisbert son condenados a morir de hambre en Nápoles. A la deriva otra vez, pero aún hay *mercado*: el contrato con Gautier de Brienne, duque de Atenas, dura poco, pues al no pagarles, acaban con él y su corte sin miramiento alguno. Por primera vez se ven los almogávares con tierra propia y con la diatriba de seguir el belicoso nomadismo o asentarse de una vez por todas. Un poco cansados, optan por esta última, añaden el ducado de Neopatria, se casan los principales de ellos con las viudas de los caballeros franceses asesinados y, como todavía seguían sin entender el arte de gobernar, ceden el mando a uno de los prisioneros, Roger Deslaur. Así, asentados, incluso cultivando tierras, pasan los años, hasta que en 1379 Juan de Uturbia, al mando de las Compañías Navarras, les arrebata los territorios de Neopatria. Seis años después, las tropas pagadas por el comerciante florentino Niero Acciajuoli atacan Atenas. Unos almogávares de tercera generación, muy diferentes de aquellos luchadores de los Pirineos, se refugian en la Acrópolis al mando de Pere de Pau, donde resisten hasta morir. Un lugar de honor para el final de la valerosa y desmedida aventura que, 83 años antes, había dado comienzo en Constantinopla. ■


AISA

El almogávar y las rapaces
Roger de Flor llamó "Halcón" a su barco, en honor a su padre, de profesión halconero como el representado en este Códice Capodilista.


AGE





Fortalezas y castillos

Entre los siglos XI y XIII, cristianos y musulmanes levantaron plazas fuertes en Tierra Santa para afianzar sus posiciones. El mutuo enriquecimiento de la arquitectura de Oriente y Occidente ha regalado a la historia un fascinante legado. Éstas son las cuatro construcciones más imponentes.

Por **Gonzalo Carmona**

Evolución constructiva

Así era la estructura del Krak, a finales del siglo XIII. A la construcción cristiana hay que sumar los cambios efectuados por el sultán Baybars, como el reforzamiento de la zona sur (tras el depósito de agua).

Establos

Aposentos del Gran Maestre

Depósito de agua

Claustro gótico

Torre de la Hija del Rey

Baños

Capilla

Establos

Entrada

INFOGRAFÍA: JOSE ANTONIO PEÑAS

Krak de los Caballeros

Bastión de la defensa cristiana en Siria, el Krak fue erigido en la ruta que unía la ciudad musulmana de Homs con la cristiana de Trípoli. La construcción inicial se remonta a 1031 y permaneció en manos hospitalarias hasta 1271. Ante la incapacidad de franquear su doble fortificación, el sultán Baybars recurrió a la astucia: envió al castillo una paloma con una carta falsa, en la que el Gran Maestre ordenaba la rendición a sus caballeros. Y así lo hicieron.

AGE



CORDON

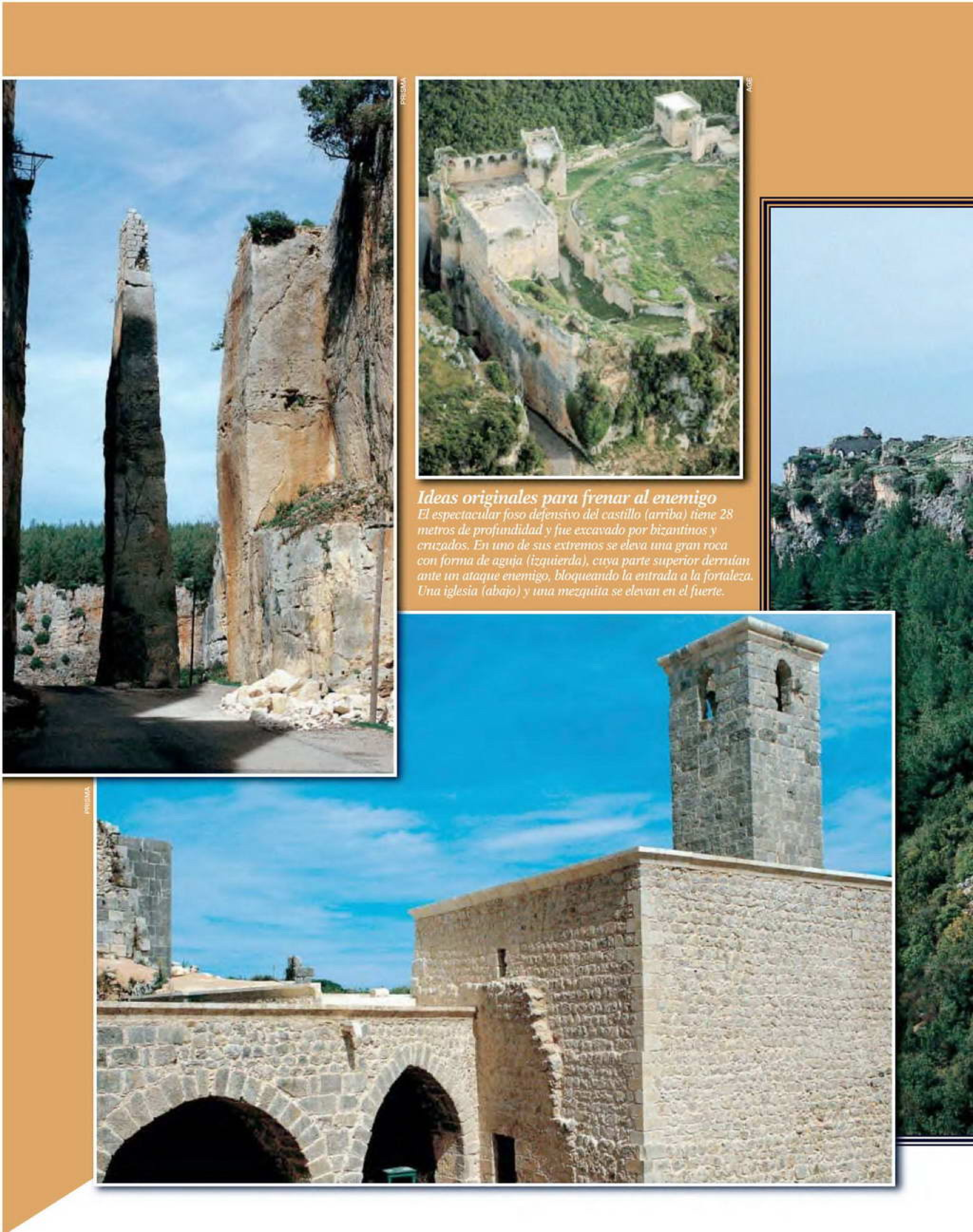


AGE

Inexpugnable
En 1202, se construyó en el castillo una iglesia y un claustro de estilo gótico (arriba y derecha). La doble fortificación (sobre estas líneas) permitió frenar los numerosos envites musulmanes y los continuos asedios, ya que en el Krak podían almacenarse agua y alimentos para que 2.000 hombres resistieran un año.



AGE

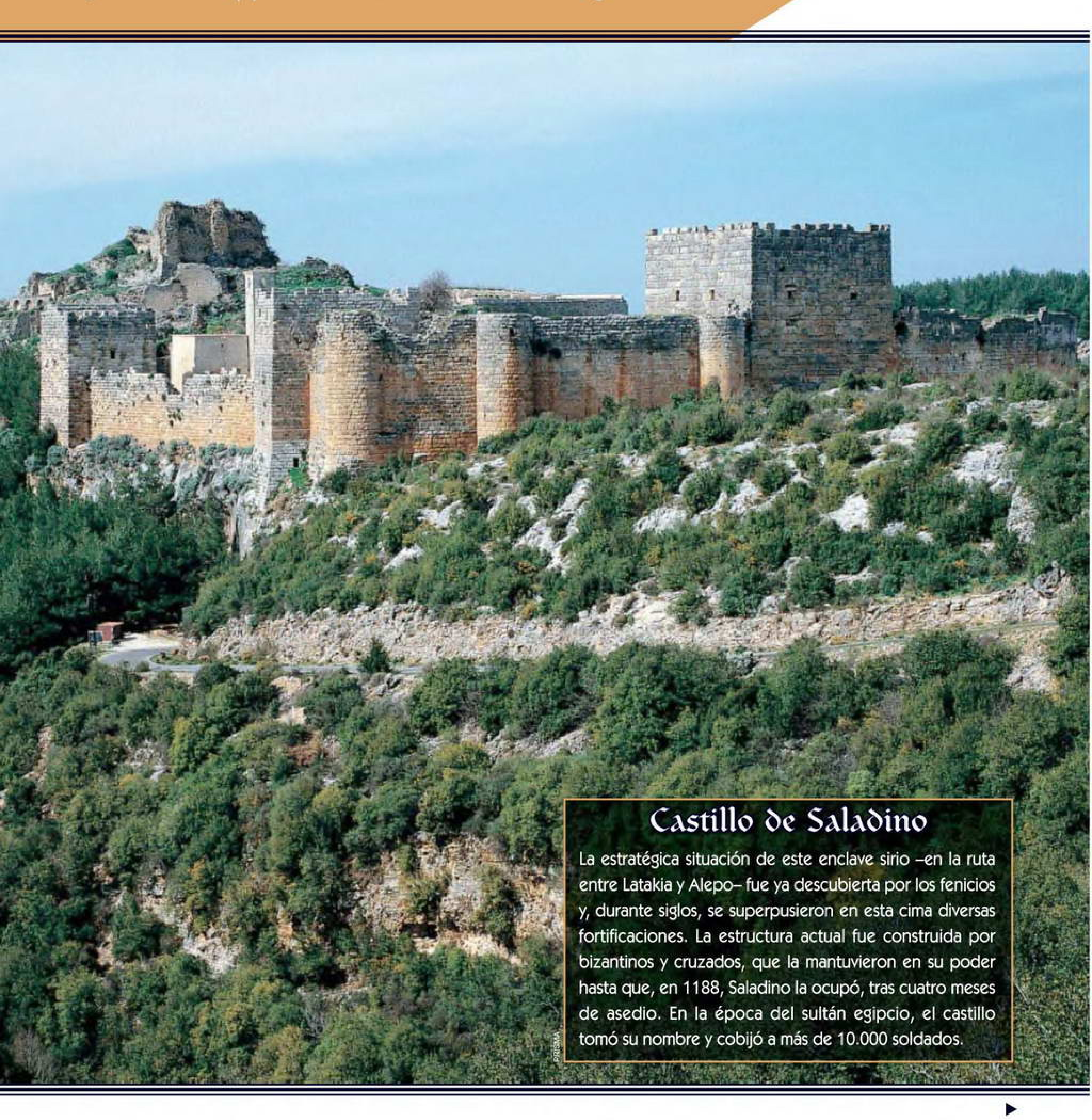


PRISMA
AGE
PRISMA

Ideas originales para frenar al enemigo

El espectacular foso defensivo del castillo (arriba) tiene 28 metros de profundidad y fue excavado por bizantinos y cruzados. En uno de sus extremos se eleva una gran roca con forma de aguja (izquierda), cuya parte superior derruían ante un ataque enemigo, bloqueando la entrada a la fortaleza. Una iglesia (abajo) y una mezquita se elevan en el fuerte.

Los castillos cruzados se construían en dos tipos de emplazamientos: en el interior, para vigilar las rutas comerciales este-oeste, y en la costa, para frenar los envites enemigos



Castillo de Saladino

La estratégica situación de este enclave sirio –en la ruta entre Latakia y Alepo– fue ya descubierta por los fenicios y, durante siglos, se superpusieron en esta cima diversas fortificaciones. La estructura actual fue construida por bizantinos y cruzados, que la mantuvieron en su poder hasta que, en 1188, Saladino la ocupó, tras cuatro meses de asedio. En la época del sultán egipcio, el castillo tomó su nombre y cobijó a más de 10.000 soldados.

PRISMA

Las fortificaciones realizadas antes del siglo XIII tenían como objetivo la defensa de los territorios conquistados. A partir del año 1200, la finalidad de las nuevas construcciones fue la protección de las personas



Ciudadela de Alepo

Desde el siglo X a.C., la cima de esta montaña siria ha estado ocupada por pequeños emplazamientos. Sin embargo, fue en la época del sultán Ghazi, hijo de Saladino, cuando se construyó la actual estructura, declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. Ghazi creó un gran complejo en el que la función religiosa era tan importante como la militar. Por ejemplo, el minarete de la mezquita, de 21 metros de altura, se construyó como elemento defensivo.

CONTACTO



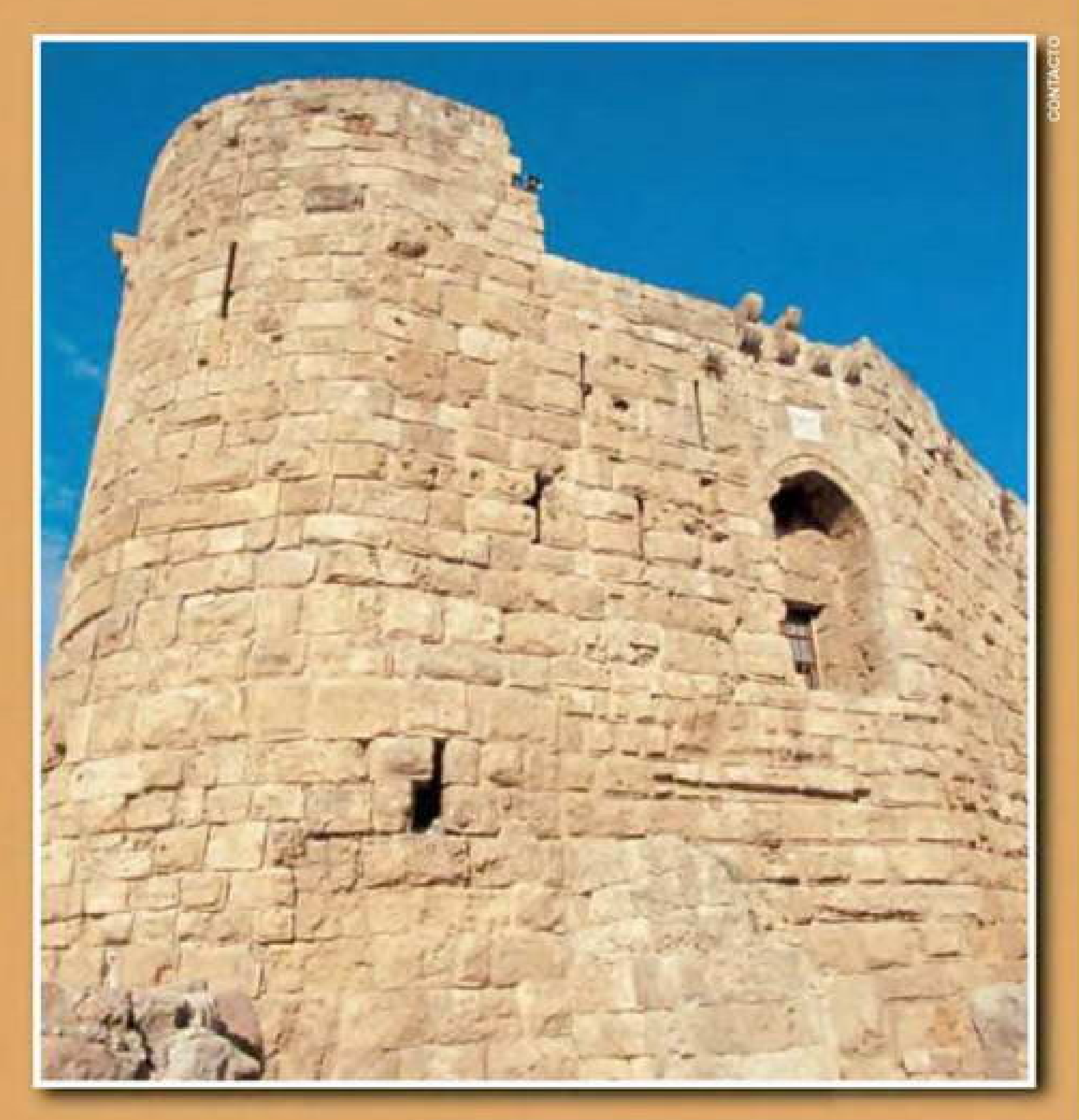
CONTACTO

Sillares para frenar al enemigo

La ciudadela está situada en una pequeña cima, a 50 metros de altura (arriba). La única entrada posible es a través de la torre (izquierda y abajo), edificada a semejanza de un pequeño castillo . Posee en su interior cinco grandes puertas de hierro construidas en zig-zag, de tal forma que los enemigos quedaban cegados por el sol.

CORDON

Cuando los mamelucos tomaron San Juan de Acre (1291), destruyeron todos los castillos que se encontraban en el mar para evitar así nuevos desembarcos cruzados





CONTACTO

Mirando a la ciudad

El castillo se encuentra unido al puerto por un estrecho puente (derecha). Está sostenido por fuertes pilares rectangulares, que poseen unos salientes especiales para que las olas rompan en ellos y no presionen sobre la construcción. La puerta principal se construyó de cara a tierra, reforzando más la parte marítima (arriba), que era la que sufría los ataques enemigos.





CONTACTO

CONTACTO

Fortaleza de Sidón

A 48 kilómetros de Beirut (Líbano), se localiza la ciudad costera de Sidón. Sobre una pequeña isla, a escasos metros del puerto, se eleva una fortaleza, construida en 1228 por los caballeros de la Orden de San Juan. Los cruzados aprovecharon los vestigios de unas antiguas columnas romanas y las utilizaron para edificar este fuerte, enclave fundamental en la ruta entre Acre y Europa.

Por Ignacio Marina Grimau

La Biblioteca

Los monjes de la guerra



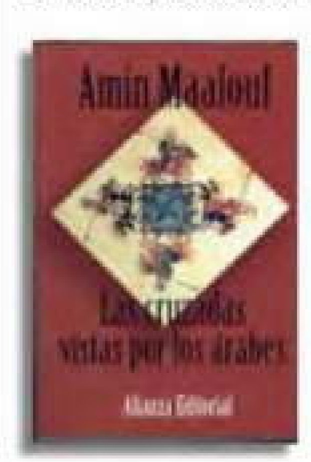
Desmond Seward
Edhasa
Barcelona, 2004

Una magnífica historia de las órdenes militares, centrada en el período previo a la Contrarreforma. Las tres grandes órdenes fueron las de los templarios, los hospitalarios (caballeros de Malta) y los caballeros teutónicos, pero también tuvieron importancia las españolas de Santiago, Alcántara y Calatrava. Mitad monjes, mitad soldados, desarrollaron un papel preponderante en las Cruzadas en Tierra Santa, en las del Báltico y en la lucha contra los árabes de la península Ibérica. Algunas de esas órdenes perduran hoy en día y se dedican a obras de beneficencia. El prólogo es del gran prior de Inglaterra de la Orden de Malta.

Las cruzadas vistas por los árabes

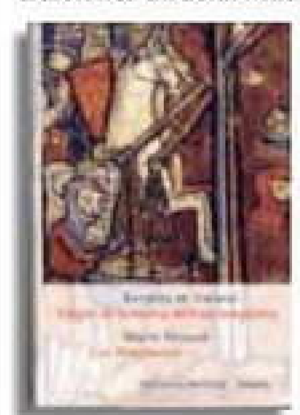
Amin Maalouf
Alianza Editorial. Madrid, 2005

"Este libro parte de una idea sencilla: contar la historia de las cruzadas tal y como las vieron, vivieron y relataron en 'el otro campo', es decir, en el lado árabe", anuncia el escritor libanés Amin Maalouf en las primeras páginas de su obra. Para ello, se ha servido de los testimonios de historiadores y cronistas árabes de la época, quienes no hablaban de cruzadas sino de guerras o invasiones. Con la amenidad por bandera, Maalouf nos descubre cómo eran percibidos templarios y hospitalarios, las peripecias de Saladino o el temor que provocaba Ricardo Corazón de León.



Elogio de la nueva milicia templaria / Los Templarios

Bernardo de Claraval / Régine Pernoud
Ediciones Siruela. Madrid, 2005



Es imposible referirse a los orígenes de la Orden del Temple sin mencionar a Bernardo de Claraval, fundador de la Orden del Císter. En su *Elogio de la nueva milicia templaria* aparece el ideal del templario como síntesis de, hasta entonces, dos antinomias, ya que era *orator* ("el que reza") y *bellator* ("el que combate"). *Los Templarios*, de la erudita medieval Régine Pernoud, es todo un clásico. Entre otros episodios, narra cómo el viernes 13 de octubre de 1307 eran arrestados todos los templarios de Francia para ser sometidos a un proceso en el que se les acusó de herejía y sacrilegio.

INTERNET

Todas las Cruzadas

http://es.wikipedia.org/wiki/Cruzadas

En esta página de *Wikipedia. La Enciclopedia Libre* se analizan los antecedentes de las Cruzadas para, luego, referirse a las cuatro campañas más importantes y al resto, menos relevante.



Para salir del paso

www.monografias.com/trabajos5/cruza/cruza.shtml

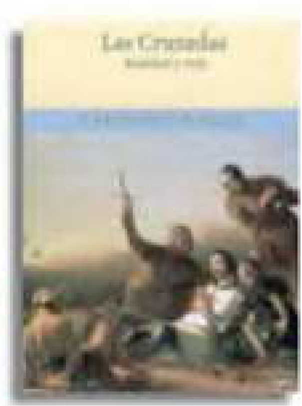
Una breve introducción al mundo de las Cruzadas y una sucinta explicación de la conquista de Jerusalén. Por supuesto, aparecen los templarios.



Las Cruzadas. Realidad y mito

Christopher Tyerman
Crítica. Barcelona, 2005

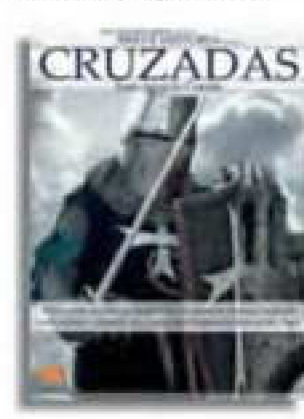
"Todas las generaciones –sostiene el autor de este libro– han reinventado las Cruzadas para alimentar posturas frente a la guerra". Así, Sadam Hussein aspiraba a ser un nuevo Saladino, y George W. Bush y Osama Bin Laden son "coherederos del legado de una entelequia europea". La comparación anterior quizá sea un poco arriesgada, pero pone en evidencia la trascendencia de las Cruzadas. Tyerman desmonta mitos desde la crítica al "fenómeno de la violencia justificada por la fe religiosa".



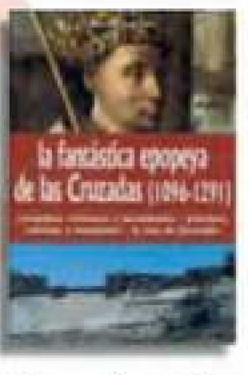
Breve historia de las Cruzadas

Juan Ignacio Cuesta
Nowtilus. Madrid, 2005

Estas páginas defienden una tesis novedosa: las Cruzadas fueron, en realidad y vistas desde el lado "infiel", movimientos migratorios que colonizaron temporalmente el Oriente más cercano. Por otra parte, el autor asegura que en ellas perdieron la vida más cristianos matándose entre ellos que los que eliminaron sus enemigos. Siguiendo con su afán desmitificador, afirma que Ricardo Corazón de León no era precisamente un noble virtuoso y que Saladino era un hombre culto y refinado.



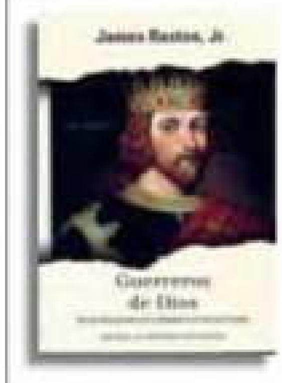
La fantástica epopeya de las Cruzadas



Bernard Baudouin
Editorial De Vecchi
Barcelona, 2004

Este libro aborda todas las Cruzadas, es decir, desde la llamada de Urbano II en 1096 para conquistar Tierra Santa hasta la caída, ante los musulmanes, de la fortaleza de San Juan de Acre el 28 de mayo de 1291, un siglo después de haber sido conquistada por Ricardo Corazón de León. La obra incluye la lista de los papas, monarcas y emperadores reinantes durante las Cruzadas.

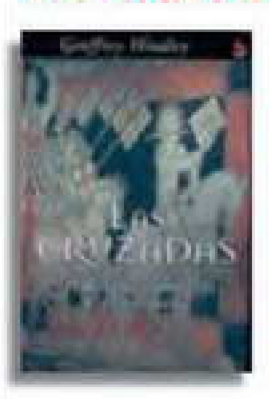
Guerreros de Dios



James Resto, Jr.
Plaza & Janés.
Barcelona, 2003

He aquí la historia de Ricardo Corazón de León y del sultán Saladino durante la Tercera Cruzada. Éste sigue siendo hoy el gran héroe del mundo islámico, ya que reconquistó Jerusalén. Por su parte, Ricardo Corazón de León encarna al caballero medieval, aunque el autor le presenta como líder de cruzados sanguinarios.

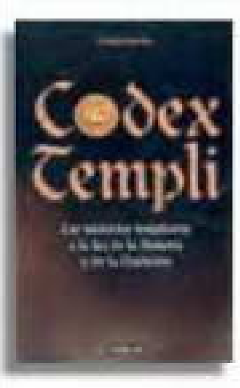
Las Cruzadas



Geoffrey Hindley
Vergara
Barcelona, 2004

Un análisis de los motivos –no sólo espirituales– que llevaron a miles de hombres a luchar por la conquista del territorio musulmán. El historiador Geoffrey Hindley se sumerge en el desarrollo de las Cruzadas, tanto aquellas cuyo escenario fue Oriente Próximo como las que tuvieron lugar en el Báltico. Como era de esperar, se refiere al nacimiento de los templarios y a las labores de los caballeros hospitalarios.

Codex Templi



Templespaña
Aguilar.
Madrid, 2005

Todas las claves para comprender el nacimiento, apogeo y fin de los "Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón". Los autores, agrupados en la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales Templespaña, analizan sus orígenes, documentos, símbolos, costumbres..., también su arquitectura, su capacidad financiera y sus hazañas militares.